

GAVIOTAS DE AZOQUE

LOS LIBROS DE LAS GAVIOTAS

OTRA DIMENSIÓN DE LA COLECCIÓN GAVIOTAS DE AZOQUE
CÁTEDRA IBEROAMERICANA ITINERANTE DE NARRACIÓN ORAL ESCÉNICA
COMUNICACIÓN, ORALIDAD Y ARTES
Número 24 / Cuento / Madrid / México D. F. / 2013

CUENTOS

Fátima Martínez Cortijo

QUE ENVUELVEN

DÍAS

COMUNICACIÓN
ORALIDAD Y ARTES
COMOARTES
ediciones

LOS LIBROS DE LAS GAVIOTAS

© Fátima Martínez Cortijo / De esta edición: **Comunicación, Oralidad y Artes (COMOARTES)**
Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE)

Director General: Francisco Garzón Céspedes

Asesora General: María Amada Heras Herrera

Director Ejecutivo: José Víctor Martínez Gil

Directora de Relaciones Internacionales: Mayda Bustamante Fontes

Directora de Extensión Cultural: Concha de la Casa

Madrid / México D. F., 2013 / ciinoe@hotmail.com

Derechos reservados. Se autoriza el reenvío sólo por correo electrónico como archivo adjunto PDF.

No se autoriza edición o impresión alguna sin permiso previo de la Editorial.

Se autoriza a las bibliotecas a catalogarlo para el público.

<http://loslibrosdelasgaviotas.blogspot.com>
<http://ciinoe.blogspot.com>
<http://invencionart.blogspot.com>
<http://siesamorqueseadecine.blogia.com>
<http://fgcfgc.wordpress.com>

CUENTOS QUE ENVUELVEN DÍAS

AHORA, TE HABLO

Tengo la dichosa manía de mirar a los ojos fijamente si quiero enterarme de algo. Desde pequeña fue así. A veces molesto, lo sé, pero necesito conectar con la gente para sentirme parte de este mundo. Ahora contigo no puedo hacerlo. Y me cuesta seguir el hilo de mis pensamientos frente a tu nombre. Te traigo mi historia, mis anhelos, las cosas de cada día que ya no podemos compartir, que ya son solo mías. Las traigo no sé por qué, costumbre tal vez, una fuerza que me arrastra hasta aquí para eternizar de algún modo lo que fuiste en mi vida.

Siento frío en los huesos. ¿La edad? Prefiero pensar que es el puro invierno, el de fuera y el que quedó dentro como un veneno que va destilando en mi memoria. Es que no puedo dejar de venir a hablarte, aunque estemos bajo cero. Me miran los que forzosamente llegan hasta aquí acompañando al siguiente inquilino, me miran y no ven lo que pasa dentro de mí. Creen que hay dolor, como en ellos, pero no es lo que yo siento. Nunca lo confesaría abiertamente, pero no hay dolor en mí. Hay vacío. Y es que hablar en voz baja frente a tu nombre vertical y metálico sobre la piedra gris es mi obligación cotidiana. Los días que no vengo me siento transgresora de alguna norma. Pero esto no puedo confiárselo a nadie, como a nadie confié tantas y tantas escenas de nuestra vida.

Doce años. Yo aún creía en tantas cosas, que esperaba de la vida regalos maravillosos que yo debía dosificar. Me sentía llena de proyectos, de impulsos acelerados que me empujaban de la acción al sueño y del sueño a la aventura. Alguno que otro me ofreció historias futuras, planes y tiempos que debían irse extendiendo ante nosotros como la manta de un joyero. Yo los rechacé todos. No supieron conquistarme. Por eso te dejé entrar a ti. Tú sí supiste decirme lo que una mujer quiere oír, aun sabiendo que no todos los diamantes del amor son auténticos. Mis oídos absorbían tus palabras y me entregué. Nunca te confesé que en mi subconsciente saltaba la alarma muy a menudo. Siempre presumí de haberte conquistado.

Pero contigo no conquisté nada más, incluso perdí las posesiones íntimas que tenía porque mi herencia de ser humano se escapó junto a ti. ¿Recordarás donde estés que al principio yo creía en tus promesas?, ¿que te di mi fe y mi ceguera?

Casi no guardo en mi memoria las caras de mis amigos, se fueron disipando tras tu niebla. Me sentía orgullosa de ser exclusiva y pensé que la exclusividad era buena para una pareja. Me equivoqué. Ahora ya me atrevo a decirte que nuestra vida en común fue sólo tuya, porque sólo tú vivías. Yo sobrevivía. Mi cuerpo se fue apagando. Los años. Mi espíritu se encajonó en oscuro recipiente que contenía los restos de lo que había sido mi existencia pasada.

No vengo aquí a escupirte como harían otras. Vengo tal vez para reclamar mi tiempo, tu silencio para dejarme hablar a mí, tu escucha para que yo pudiera crecer. Ahora no puedes negármelo. No saldrás de la tumba para derrotar otra vez mi voz.

Ahora opino yo, ahora me oyen, ahora me preguntan, ahora soy alguien que decide.

–Voy a poner un limitador en el teléfono –dijiste un día.

–¿Para qué?

–Para nada, quiero ponerlo. El dinero que gastas hablando me lo gastaré yo en lo que quiera.

–Yo no hablo.

–¡No discutas! ¡Ya está decidido!

–Si apenas cojo el teléfono...

–¡Y menos lo cogerás! ¡No tienes nada que hablar con nadie, así tendrás tiempo para hacer lo que debes!

Luego me dejaste muy claro qué era lo que debía hacer: cuidar de tu casa, porque era tuya; de tu ropa, que era la que importaba, con que yo tuviera una cosa para cuando necesitase salir contigo, era suficiente; de tu comida, que debía estar siempre caliente, a punto y bien hecha. Era lunes y con alguien habías estado hablando la tarde del domingo porque viniste con la idea del limitador en la cabeza.

No protesté demasiado. Llevábamos dos meses viviendo juntos y yo había decidido volcarme en las oposiciones de Biblioteconomía. Posiblemente

en nuestro tiempo, en tu tiempo, fuese la última decisión que yo tomase. No hacía falta limitarme, a mis amigos no los llamaba, ellos apenas lo hacían ya. Mi madre seguía allá, en el pueblo, conformándose con un par de cartas al mes. Y los vecinos no existían para mí. Pero fue tu modo de iniciar tu sistema de asedio. No protesté, tal vez porque no me di cuenta de lo que te proponías, porque estaba aún en una nube y supuse que la tensión de la nueva vida en común te irritaba más de lo normal. Me encerré en mis libros con el afán de ser funcionaria y equilibrar la economía.

Te juro que no planeé lo del niño. Nunca me creíste, pero no lo planeé. Algo falló porque yo seguí días tras día con la píldora. Tal vez mi sistema hormonal se alteró. Nunca llegué a saberlo porque no permitiste que me hiciera un control médico adecuado después del aborto. Entonces ni siquiera te odié. Me obligaste a tomar aquella medicación y creí que me moría. Pero cuando en la habitación del hospital me sonreíste como los primeros días de nuestra, de tu historia en común, todo se borró de mi mente. Acepté que era mal momento y obedecí.

–Recupérate pronto que tienes muchas cosas que hacer. La casa está manga por hombro –me decías un día–. Y otro: –Voy a decirle al doctor que te dé el alta, porque en casa estarás mejor, aquí sólo puedes coger lo que no tienes.

Y yo te creía porque aún era inocente.

Cuando trataba de contarte cómo me sentía tras tensas noches de estudio, tú te limitabas a decirme que luego. Nunca llegaba ese luego. Siempre estaban antes tu trabajo, tus amigos que esperaban en el bar y tus sesiones de fútbol por la tele. Quise escribir, pero la verdad es que tenía tal nudo de confusión y vergüenza, que no salían más allá de dos líneas. Y es que me sentía mal cuando yo quería formar parte de tu tiempo, cuando pensaba que tal vez cinco minutos de conversación mientras te vestías para ir al trabajo, no iban a ninguna parte y no te robaban demasiada energía. Pero tú me chillabas que te dejase, que tenías que pensar en otras cosas, que no fuera pesada, que me metiera en mis asuntos, y una retahíla de excusas que yo masticaba sumisamente porque me culpaba a mí misma de provocar discusiones en casa.

Una vez traté de experimentar cómo sería si yo impusiera mi opinión.

–Ha llegado información sobre la tarifa nocturna –te dije mientras cenabas–. Fue la época en la que decidiste que yo estaba demasiado gorda y que

debía adelgazar. Por complacerte hice régimen, suprimí los desayunos y las cenas casi radicalmente.

–¿Y qué?

–Sale más barato, porque no habría que encender las estufas toda la tarde.

–¿Eso haces?

–Si no, te quejas de frío cuando vienes.

–Pues enciendes una junto al sofá, donde yo me siento, ¿estamos?

–¿Y yo?

–¡Te abrigas! Soy yo el que tiene frío después de estar jodido todo el día entre las putas máquinas. Tú estás en casa.

–Pero también sería mejor para ti...

Entonces te levantaste. Fue la primera vez. No lo esperaba y caí contra la televisión, que se desplazó más de un metro sobre las ruedas de su mesa. Te preocupaste de su estado comprobando con el mando que todos los canales funcionaban. A mí me sangraba la nariz, pero no dije nada. Tú tampoco. Ni me miraste. Pedí perdón. Me sentí entonces egoísta y cobarde. Como me he seguido sintiendo tantas otras veces en las que tú imponías tu ley. La del más fuerte. Me esforcé en tener siempre todo a tu gusto porque al fin y al cabo eras el que ganabas el dinero. Yo aún no trabajaba, pero lo haría. ¡Inocente! Llegaste a tirar a la basura la carta donde me informaban desde la academia donde había comprado los temas de la oposición, de las fechas y lugares de convocatoria. Yo estudiaba y estudiaba entre tremendos dolores de cabeza. Poco a poco los nervios me ganaron y comencé a comer, entonces vi que era hambre, necesidad de sobrevivir lo que machacaba mi estado de ánimo y mi salud. Comencé a comer, primero con ansia, luego moderadamente porque tenía más miedo de tu castigo que de los vahídos de hambre.

Desde entonces las palabras sobraron entre nosotros. Yo temía hablarte y que lo tomaras a mal, tú ni te molestabas en dirigirte a mí si no era para pedirme algo. En nuestras relaciones sexuales sucedía lo mismo. Donde y cuando tú quisieras, debía estar dispuesta. Al principio era tal vez una mala educación por mi parte, pensaba que el hombre debe dominar porque la mujer que lo pide o se lanza en busca de sexo no es limpia y decente. Pero no, no era eso

todo. Me acostumbraste a esperar a que tú me desearas. Poco a poco me dejaste de desear, sólo buscabas dónde satisfacer tus instintos. Con todo yo a veces me sentía orgullosa de servirte de algo.

A cambio no había agradecimiento. Mucho menos arrepentimiento cuando me forzabas a estar en casa varios días porque mi aspecto físico delataba la vida doméstica. Pero no me quejaba, pensaba que lo tenía merecido, que todo era porque yo te había decepcionado. Pensé en desaparecer. Pero ¿hacia dónde ir?, tal vez pasó por mi mente una desaparición definitiva, pero era cobarde. Incluso me imaginaba lo que pasaría si me equivocaba y fracasaba. Tal vez tú me castigaras.

¿Ves? Todo esto te lo podía haber dicho antes, hace unos meses. Tal vez todo hubiera cambiado y hubiéramos sido felices los dos. Porque así, ni tú ni yo. Estoy segura de que tú no eras feliz, no podías serlo, porque toda persona necesita cariño y comunicación. Tú no recibías eso en casa, yo no era capaz de dártelo. Si lo recibías fuera, no lo sé. Pero no creo que fuera mucho ni bueno. Si hubiéramos hablado antes tal vez no estarías ahí, encerrado, pudriéndote, mientras yo estoy aquí tratando de rehacer mi vida. Perdida entre tantas cosas nuevas que durante doce años no supe que existían.

Fue un sábado. Tú dormías porque habías regresado muy tarde la noche anterior. Oliendo a alcohol y tabaco. No dijiste nada, te metiste en la cama y ocupaste tu lugar y parte del mío, como siempre. Yo apenas dormí. No me encontraba bien pero no me movía por no despertarte y que te enfadaras. Por eso me levanté más pronto que de costumbre y puse a cocer unas verduras. Confundí el paquete de la sal con el de la sosa. Pero me di cuenta poco antes de servir, cuando fui de nuevo a por la sal para aliñar la ensalada. El miedo me subió desde la boca del estómago y llenó todas mis venas. Te acababas de levantar, y con resaca. Tu peor situación. Tus manos adquirirían entonces una velocidad incoherente con el resto de tus reflejos. Por eso no me excusé, por eso no hice otra cosa. Recé. Recé fuerte, atragantándome con las palabras. Yo no probé bocado, simulé que tenía fiebre y me calenté un poco de leche como tantas otras veces. No te extrañaste. ¿Te das cuenta? Ahora ya lo puedo decir. No pasó nada. Tú ni te enteraste, comiste como todos los días: mirando la tele y tragando con desesperación.

Te juro por todo lo más sagrado que la segunda vez no fue premeditada. Te juro que no quería hacerte daño. Ocurrió del mismo modo. Pero tu cuerpo, después de los excesos, no aguantó tanto. Tu estómago no resistió y tú le hacías frente llenándolo de alcohol y de juergas. No te voy a contar lo que ya sabes.

Doce años. Doce vidas perdidas como doce campanadas que hacen entrar una nueva oportunidad. Nunca me quejé por vergüenza. Ahora tampoco lo hago por la misma razón y porque ya no merece la pena. No necesariamente en este orden mis dos motivos. Me liberaste marchándote de este mundo. Pero aún resuena tu respiración furiosa por los rincones de casa. No sé si lograré que sea mía porque en los papeles no aparezco. El abogado dice que sí tengo posibilidades. Es un hombre muy preocupado. Trata de sacar todo el beneficio posible. Si al menos hubieras dejado que tuviese firma en los bancos... Ahora tengo que demostrar con testigos que viví doce años contigo y reclamar tu herencia. Sólo me has dejado problemas. Pero el abogado luchará por mí. Me ha dicho que no me apure por nada. Fuiste bastante cabrón, pero no te olvidaste de ahorrar. Y él dice que tengo posibilidad de ganar. Eso me anima, al fin y al cabo es lo único que me vas a dejar.

Me voy, vendré de vez en cuando. No sabría decir por qué. A él no le gusta, pero me siento obligada. Por eso me escapo y no le digo que vengo aquí ¿Sabes?, además de ocuparse de mis asuntos, quiere que vivamos juntos. Creo que aceptaré porque de nuevo alguien vuelve a mimarme como hacías tú al principio.

UN TIC INFINITO

Un parpadeo nervioso fue el detonante. Después se sintió más alterado aún por un tic nacido de su propia ansiedad y que golpeaba insistentemente su ojo derecho. Apretó los párpados, pero no desapareció. Trató de respirar, como le habían enseñado en la terapia, pero sólo obtuvo un hipo al principio ligero que, pasados los minutos se fue intensificando. “Mierda”, pensó, “*todo se pone en contra*”. El pasamontañas apenas si pudo disimular su inquietud. Luego, colocarse los guantes en unas manos anchas, más bien hinchadas en su propia vulgaridad, le costó más de lo que él había calculado, parecía que sus dedos jugasen al despiste entre las comisuras del tejido, escarbando en las costuras, hincando uñas descuidadas en las redondeces de la prenda. Consiguió a duras penas ajustárselos mientras en la cabeza un insistente picor empezaba a irritarle. Cuando quiso curvar la bufanda en torno a su cuello casi inexistente, como de hipopótamo bajo el agua, percibió que no daba para tres vueltas, pero para dos sobraba. Se la quitó, la dobló inexactamente y volvió a probar, ahora sobraba de una vuelta pero no llegaba para dos. Aquello despertó cierta ira en el hombre. Resolvió al fin anudársela por delante duplicando la lazada para acortar los extremos. Resopló. El tic permanecía aferrado a su ojo. Las manos empezaban a sudarle, la lana del pasamontañas era tenaz en incordiarle. Bajo el abrigo empezó a notar pálpitos de insatisfacción. Soltó un exabrupto contra lo humano y lo divino y trató de volver a respirar, pero ahora le pareció que no llegaba el aire suficiente para que él lo pasara por su garganta. Aquello le sofocaba. Su redondez abdominal comenzó a angustiarse como la fiera encerrada que es atada por comportamiento peligroso. Trató de eliminar gases, pero le pareció que el peligro radicaba precisamente en que no fueran solo gases. Se rindió. “*Joder, para colmo esto.*” Un pequeño eructo, breve como su esófago, pareció consolarle. Al final del abrigo dos piernas redondas, cortas, curvadas en un alarde de sujeción que hacía incoherente la mole superior con la longitud inferior. Las zapatillas deportivas sucias, renegridas tal vez, pero en definitiva estéticamente repugnantes, destacaban en su incongruencia con el resto del

atuendo. El hombre las había atado previamente con doble nudo, con saña, apretando bien los cordones para que el empeine no pudiera bailar dentro del plástico del calzado. Como una respuesta automática, empezaron a dolerle los pies. De nuevo un juramento. El tic continuaba retando al ojo a permanecer quieto en su órbita. El susto se iba hincando en el estómago. El hombre resopló varias veces, como un búfalo. Lo último que hizo al salir de la furgoneta y antes de perder su libertad fue agarrar la pistola y entrar en el banco.

ÚLTIMA HOJA DE CALENDARIO

El mal llega a cualquier aburrido, decía a menudo la abuela Isabel.

Por eso ella insistía en que siempre tenía muchas cosas que hacer, que no pensáramos que ella estaba inactiva.

A veces cuando dormía en su sillón la llamábamos siseando, como si fuéramos una serpiente que reptase entre sus pies enzapatillados. Gemía la abuela al despertarse, nos gruñía luego y al final salíamos corriendo mientras ella maldecía al demonio que nos hacía ser unos *bandidos asaltadores de buenas almas*. Teníamos entonces siete y diez años y nosotros sí nos aburríamos.

Fue en esa Navidad cuando la abuela más dormitó sentada junto al fuego de la cocina. Saltaban chispas aisladas, pero nunca ninguna de ellas prendió en su toquilla, regalo de mamá el año anterior.

Hay que tener unos cuantos inviernos en el cuerpo para conocer las necesidades de los demás, repetía la abuela a menudo poniendo de ejemplo a nuestros padres, tíos o a cualquier adulto. Con ello pretendía reglar nuestras actuaciones, inútilmente, por supuesto.

Ese invierno la abuela repetía y repetía sin cesar sus dichos como si con ello grabara en las paredes y en el aire su nombre para la posteridad. Tal vez el cansancio que ello le provocaba la hacía dormir más de la cuenta. Luego explicaba que sólo cogía fuerzas para el resto del día, o que realmente estaba en meditación o que había cerrado los ojos para ahuyentar el dolor de cabeza. La abuela siempre respondía a todo. Era creativa, admirable para su mente supuestamente gastada.

Pasadas Nochebuena y la comida del día de Navidad, la abuela optó por subir a su habitación a pesar del largo de la escalera que la hacía resoplar y aferrarse a la barandilla, un palo viejo de madera chirriante que quería escapar de los clavos que la sujetaban a la pared. Se quedó arriba mucho rato, tanto que anocheció y hubo que subir al fin su cena para evitar el descenso a ese *infierno de ruidos y muchachos maleducados*.

La semana siguiente, cuando los juegos nuevos que habíamos acumulado durante el primer trimestre de curso ya estaban muy jugados, cuando in-

ventábamos trastadas que nos divirtieran un poco, cuando demostrábamos que necesitábamos el control del colegio, la abuela cambió la táctica. Se dedicó a observar a todos, silenciosa, con ojos achinados bajo el peso de los párpados oscuros. A veces nos callábamos esperando que ella dijera algo. *El que no para de vez en cuando no encuentra su sombra*, habría dicho en otra ocasión. Pero se mantenía expectante.

Después de la celebración del fin de año fue peor, aquel uno de enero ya ni siquiera quiso bajar a comer. Nosotros fuimos encargados cada media hora de subir a ver cómo se encontraba la abuela. Inexplicablemente la vuelta de cada subida resultaba con una información distinta. Alternaba los periodos de sueño con otros de hiperactividad.

La abuela desde aquel día ordenó fotos en su cómoda de nogal, descolgó y colgó las cortinas y mandó en el ínterin lavarlas, pidió una esponja y un barreño de agua y de rodillas limpió los bajos de la cama, repasó también bajándose hasta el suelo los rincones y los rodapiés, mandó descolgar la lámpara y ordenó los cristalitos traslúcidos que la adornaban de varias formas distintas hasta que se sintió satisfecha... y entre tanta actividad pequeñas sies-tecitas de las que nosotros éramos testigos. Mudos testigos forzados por los adultos de la casa a servir de inspectores de sueño senil. Lo cierto es que el cargo nos responsabilizó de tal manera que la abuela durmió plácidamente.

En esas fechas empezó a exigir que le pusieran miel sobre el pan del desayuno, y para la merienda y a veces en los postres.

Temía cualquier corriente, cuando ella jamás había hecho caso de esos riesgos domésticos.

Nosotros dos revoloteábamos a su alrededor amparados en las vacaciones de invierno, escuchando a veces una charla nerviosa que mantenía consigo misma, recogiendo en nuestras memorias nombres de antepasados y citas de pensamientos propios o ajenos, que ella no parecía ya distinguir. *Los chicos que mucho escuchan mucho crecen por dentro* repetía incesantemente satisfecha tal vez de nuestra avidez infantil.

Cuando acabó aquel periodo de actividad frenética que le duró al menos una semana la abuela decidió bajar otra vez. Sacó de la despensa tarros de mermelada de mora y de melocotón. Los dejó a nuestro alcance, con lo cual los

primeros desaparecieron pronto. A los segundos les cupo mejor suerte porque nuestros sistemas digestivos protestaron ruidosamente.

Sacó del doble fondo de una caja guardada en un altillo unos finísimos paños de ganchillo y unos encajes blancos como su cabello. Dejó que mamá y las tías se los repartieran después de alegar hijas y nueras que los tenía ella desde siempre, que por qué darlos, que eran valiosos. La abuela las dejó parlotear sin intervenir. El contenido de la caja fue distribuido finalmente.

Después lavó toda su ropa, la de invierno y la de verano, y la planchó y la volvió a guardar.

Al fin decidió sentarse de nuevo junto a la cocina, justo en la noche de Reyes, y sacó de una bolsita que empuñaba artríticamente monedas viejas, de esas que ya ninguna tienda aceptaría, tal vez el banco o algún coleccionista. Como nosotros éramos sus únicos nietos se empeñó en darnoslas, haciéndonos prometer que las guardaríamos siempre y que no las gastaríamos aunque no tuviéramos otras. Eso sería fácil, no se podía hacer otra cosa con ellas.

A la mañana siguiente con la aparición de nuestros regalos, nos olvidamos de la abuela y de todo adulto y nos sumergimos en el juego enloquecido del niño desesperado por tocarlo todo, probarlo todo, dominarlo todo. Cierto que los padres se apresuraron a hacerse hueco y compartir nuestros momentos placenteros. La abuela se mantuvo a distancia prudencial, sonriendo beatíficamente. Disfrutando tal vez de la niñez ajena.

El día en que teníamos que regresar al horario habitual de colegio llegó. Intuimos el proceso habitual: cena temprana, cama amenazante, regaño y empujoncito.

La abuela nos llamó. Nuestra salvadora. Nos mandó bajar hasta la cocina una maleta añeja de cuero marrón, ella misma la colocó en la puerta y a los mayores les dijo:

–El que no se retira pronto es apartado antes.

Nadie contestó porque nadie entendió. Al cabo de unos silencios llenos de miradas cruzadas la abuela añadió:

–Ahora que ya lo he resuelto todo y no dejo nada de lo que otros tengan que ocuparse, puedo irme a cualquier sitio, a un asilo de esos donde otros como yo siempre tienen cosas que hacer, aunque sólo sea esperar; y no me dis-

cutáis, no tenéis nada con que convencerme, he dicho ya todo durante muchos años, demasiados, ahora quiero que me recordéis de mes en mes, que con eso basta, no os pediré más esfuerzos, hasta que sólo sea un aniversario en vuestras agendas.

En nuestra inocencia acertamos al pensar que la abuela se iba de viaje. En principio a *un asilo de esos*, como ella había anunciado. Pero luego, en los meses siguientes, fuimos captando conversaciones de los mayores. Con varios compañeros, con algún conocido de otro pueblo, con un amigo especial, la abuela se dedicó a moverse por contornos que nunca había pisado. Incluso montó en avión. Alguna postal llegó. Mamá sobre todo, ponía el grito en el cielo, clamaba porque la abuela no llegaría a tiempo antes de que naciera nuestra prima, esa tercera nieta que daría más quehacer en la casa y más ruido en nuestra familia.

Hoy la abuela es una fecha marcada en el calendario, como ella quería. Pero también, como ella deseó, unas locas ganas de hacer y resolver y de decir y vivir que nos ha dejado impresas en nuestro diario recuerdo. Porque *cuando alguien es recordado en sus palabras es su sentimiento el que permanece vivo.*

MALA TRADUCCIÓN

LE CORPS HUMAIN. VOICI UN GARÇON... No, no era eso lo que a ella la entusiasmaba. Alicia disfrutaba con otras actividades, las tardes cadenciosas en el enorme parque de la ciudad, los helados tomados con avidez antes de que se derritieran, las risas robadas entre comentarios superfluos... sobre todo era feliz cuando no hablaban del pasado, cuando se obviaba la última arruga hallada frente al reflejo matinal, cuando sus amigas simulaban haber olvidado los últimos años.

A veces la llamaban para decirle que iban a verla. Se sentía valiosa cuando llegaban en el primer tren de la mañana y pasaban todo el día con ella. Comían cada vez en un restaurante diferente, ella los buscaba de antemano, baratos, poco llamativos, casi anónimos. Luego llegaba la tarde y la despedida. Las miraba ir levantando la mano desde el andén, sonriendo, aferrando su bolso colgado al hombro. Después volvía a enfrascarse en la traducción. IL A UNE TÊTE RONDE, IL EST FORT. Alicia querría traducir su pasado reciente, no los libros que la editorial le encomendaba. Pero de alguna forma tenía que reabrir su vida, su persona, su memoria vital. Y hacerlo casi a escondidas, sin acudir a fichar, sin seguir itinerarios, sin dejarse ver.

Le costaba esconderse, pero llevaba cuatro meses haciéndolo. Ella. Mujer activa que podía hacer varias cosas al tiempo, que gustaba de aprovechar al máximo las horas del día, se veía obligada a recluirse en su pequeño apartamento de veinticinco metros. Ahora no podía ir a exposiciones, ni al cine, ni a conferencias. Alicia echaba de menos incluso las apreturas matinales del metro. Apenas podía creerse lo que la vida le había deparado. Pero debía aceptarlo y sobrevivir, sobre todo sobrevivir.

Por eso le costó tanto aceptar el primer café de aquel hombre. Algo más joven que ella, había insistido desde que se la cruzara en la escalera poco después de instalarse ella en el edificio.

–Bienvenida. Sólo quería decirte que si necesitas algo...

Alicia escuchó recelosa sus primeras palabras, cuando le abrió la puerta por primera vez.

Luego hizo ver que no estaba en las tres o cuatro ocasiones siguientes en que él se acercó a su puerta. Sin embargo llegaron los primeros treinta minutos en el bar de la esquina, frente a un café con leche. Ella notó que él quería agradarla. Y también pudo ver cómo el hombre de la barra, cincuentón y calvo, les observaba. Por las pocas palabras cruzadas supo que ambos hombres se conocían, al menos como camarero y cliente.

Así, Enrique era el único amigo que a Alicia tenía cerca en las últimas semanas. Sólo en la última visita de sus amigas habló de él. Se sintió mal al hacerlo, no porque ellas le recriminaran haber caído en otras redes.

–Tan pronto. Sin recuperarte del todo.

–No.

Alicia sintió no conocer bien a esas mujeres que sacrificaban todo un día de sus vidas y de sus familias por estar con ella cada quincena. Había supuesto reticencias, pero encontró apoyos y alegrías no fingidas. Aquellas mujeres, aquellas amigas, eran felices en sus relaciones de pareja, pero habían sabido estar al lado de Alicia.

–No lo olvidaré nunca, ¡cómo hacerlo!

La acompañaban en su destierro, la estimaban, la cuidaban.

–A ver si ahora tenemos suerte. - Había dicho una de ellas. El plural humedeció sus ojos.

Enrique era atento, no preguntaba, no insistía en nada. Parecía el hombre perfecto, al menos para la condición de refugiada que ella vivía.

Un día la llevó a una función en la sala pequeña del gran teatro que lucía aquella ciudad de arraigado carácter castellano. Alicia se esforzó, pero no disfrutó aquellos minutos como antaño lo hubiera hecho. Temía ser encontrada. El miedo era algo que no superaría en mucho tiempo, se lo habían dicho los psicólogos. Su hermana, que ejercía como tal, le había explicado que ese sentimiento es el último que desaparece. Ella era la que había dispuesto el contacto esporádico con la familia. Un mensaje en el móvil era la huella que dejaría Alicia cada pocos días.

En el seco otoño de aquel año Alicia ya estaba habituada a salir poco, las compras indispensables y poco más. Ni tan siquiera tenía deseo de renovar su vestuario, ir a la peluquería o acercarse más al centro a conocer su

ambiente. A veces alguna visita cultural, breve, rápida, concisa, acompañada de Enrique.

Su nuevo amigo no la presionaba, no insistía, no pedía nada. Si buena-mente ella aceptaba salir, bien, si no, volvía a su casa o colgaba el teléfono, siempre amable.

Pero Alicia intuía que detrás de aquel profundo respeto latía algo más. Algún libro que le prestaba *porque merece la pena que lo leas*. Alguna llamada a deshora para *saber si se te ha pasado la tristeza de esta tarde*. Más de una sonrisa silenciosa acompañada de una mirada casi ruborizada.

Alicia comenzó a darse cremas nutritivas por la noche, nunca lo había hecho; se cuidaba más las manos, pintaba suavemente sus uñas. Se negaba a pensar en el futuro lejano, pero no quería rechazar el aire a normalidad que tenía su presente.

Pasaron semanas plácidas. Sus amigas seguían acudiendo a visitarla. Fieles y dinámicas convertían el día de encuentro en un paraíso de risas y picardías femeninas. Ninguna hablaba ya del pasado. Aunque ella sentía que necesitaba conjurar el miedo. Con Enrique no hablaría, quería apartarlo de aquellos años. Él era ahora su realidad, el hoy. Sólo eso. Bastante.

Entonces Enrique cayó en cama. Un virus le diagnosticaron. Una semana de reposo. Alicia lo cuidó.

–Tal vez tengas por ahí algún hijo, tal vez su padre...

Ella respondió que no. En realidad lo deseó mucho tiempo, pero no llegó la alegría que buscaba. Luego, en cambio, agradeció no haberlo tenido, no tener que ver su sufrimiento. Porque tal vez como padre hubiera sido mucho peor que como marido, y eso no, eso lo último, gritos, manos ofuscadas, lágrimas inconclusas... “¡Eso no!”

Ahora no tenía ya tiempo para buscar un padre para que naciera un hijo.

Cuidó de Enrique con afecto, con ternura también. Puso lavadora, subió comida, arregló su apartamento, rió con él viendo la televisión...

Fue luego, cuando se incorporó a su trabajo en el departamento informático de una empresa de turismo, cuando Alicia notó que volvía a sentir algo más que una amistad. Como con aquel canalla: amistad cercana que se aferra hasta destapar la pasión. Se asustó la noche que tuvo que confesárselo a sí

misma. Tuvo que reunir todas las frases de apoyo que había aprendido de los profesionales en sus consultas para rechazar el pánico inicial que produjo en ella la novedad.

No lo logró hasta que él llamó a su puerta unos días más tarde. No habían hablado casi en una semana. Pero cuando lo tuvo al otro extremo del sofá se le apretó el estómago y se le tensó la espalda

–No puedo remediar quererte, pero si no quieres oírlo no lo diré, si no quieres verme me iré.

Ella no pudo sino decir:

–Quiéreme.

Velozmente empezaron a sucederse las horas, los días, las semanas. Alicia se veía viva de nuevo, de nuevo en el mundo, nueva como mujer, nueva como persona. Todo relucía a su alrededor. Sus traducciones salían deprisa, le apetecía otra vez cambiar parte de su vestuario, el apartamento se le hacía pequeño y necesitaba salir. Enrique llenó su tiempo. Ella quería verlo así. Apenas precisaba esforzarse para mostrar su felicidad.

Hasta el día en que él se empeñó en subir un piso más. Alicia se dejó llevar. Enrique introdujo la llave. Entraron.

- Vivirás aquí.

Y ella no se negó, no pudo hacerlo. “No romperé el encanto.” Luego él dispuso que dejaría de trabajar para la editorial. Alicia se lo planteó como un periodo vacacional. Días después Enrique volvió a casa con una libreta de ahorro.

–Ingresaremos aquí lo tuyo y así no nos preocuparemos de dos bancos.

Alicia no le dio importancia, solo era algo de dinero, lo ahorrado en los meses de huida y poco más. Cuando ella perdió su teléfono móvil sin saber cómo, él prometió que comprarían otro, pero las ofertas esperadas no parecían llegar nunca. Alicia no pudo mandar sus mensajes semanales a su hermana: Enrique no tenía nunca saldo.

Cierta tarde Enrique pareció volver a sus orígenes cálidos y atentos. Llevaba un DVD. Lo vieron. Las escenas repugnaron a Alicia, pasó el rato con los ojos cerrados, por no herir a Enrique no se fue. Pero no pudo evitar oír. Gemidos, latigazos, obscenidades, crujidos de telas y cueros, chirridos de cadenas y

de delicadezas. Enrique quiso repetirlo esa noche, los dos, tal vez uno contra el otro.

Fue cuando se dio cuenta, cuando se encontró inesperadamente sujeta a la cama, los ojos tapados, el miembro de él en la boca, abierta por las manos del hombre, sus manos y pies inmóviles heridos con las cuerdas. Él disfrutaba, ella sentía correr sus lágrimas por las mejillas. Ni tiempo había dado esa noche para ponerse la crema nutritiva. No habían cenado, Alicia pensó en los platos fríos sobre la mesa. Vio en la oscuridad de su venda su apartamento allá abajo, refugio y olvido. Recordó a su hermana, a la espera de mensajes. Oyó las risas francas de sus amigas, la televisión de algún vecino.

No sabía chillar, no quería moverse. Solo desaparecer, ser humo y sombra en la lujuria violenta de aquel desconocido que había secuestrado su esperanza. Alicia se imaginó niña, escapada de todo aquello, recogida en brazos de su madre, tan lejana en su tumba. Y cuando corrió por sus venas el afán de la lucha y el hambre de la victoria quiso volver atrás. Agarrarse a lo mínimo para remontar. Trató de coger aire. Aire. Un poco de aire. Y el aire se fue. Rozó su cara, secó sus lágrimas pero no entró en su garganta. Alicia se fue escurriendo del mundo. Esta vez para siempre.

CONFLUENCIA

Tras la botella se distorsionaba la frente arrugada de la vieja rematando su costura. Inclina su cuerpo abreviado por los años hacia la luz de la ventana. Atardecía y la labor se ralentizaba entre el cansancio y la sombra.

Los vecinos habían salido con los niños. Era la hora de todas las tardes, el padre llegaba a casa y la madre tenía preparados a sus dos mocosos chillores. Salían los cuatro hasta que era ya de noche, entonces volvían a oírse las protestas cotidianas por la cena, luego se apagaban camino a su habitación, que debía de estar al otro lado de la casa. La rutina resultaba un cuadro de costumbres casi estático.

Mauro silenció las llaves en su mano y entró en la salita donde su tía acababa de cortar el hilo. Puñados de pañitos de ganchillo reposaban sobre cualquier mueble. En la calle una moto repetía su rutina chulesca. Enseguida voces adolescentes, nuevos macarras, estúpidos niñatos con tallas gigantes y cadenas caninas al cuello reían a zancadas oscilantes. Mauro apartó la mente de ellos, asqueado. Con el ruido que hacían la vieja no se enteraría de la conversación si no se la chillaba.

—Tía, ¿tienes que darme algo!

Tuvo que acercarse a ella y repetir la frase. Conocía la respuesta, pero ese día realmente necesitaba el dinero. Eso o... Fuera, la moto se encabritó. Mauro notó un ligero temblor, como si el pavimento estuviera bajo su piel. La vieja guardó las tijeras en la caja de costura. Lunares y mimbre, toda la vida allí. Se levantó después de doblar la tela. Tal vez había alguna viuda esperando el vestido para ir al cementerio, tal vez una más joven para ir al café con las amigas, tal vez la misma vieja arreglándose fragmentos del pasado que ya son anchos. La cabeza cana, amarilleada de soledad, menuda, se alinea con el pecho de Mauro, a la altura del corazón. Levantó la breve vista y la clavó en el sobrino. La misma expresión, la misma mirada que él llevaba viendo treinta años, ni una arruga más, las mismas, aunque más marcadas. Él llevó los ojos hacia la vieja.

–¡La última vez! –y se odió por su tono de súplica.

–No. –Repitió la voz cansada mientras se deslizaba un paso lateralmente para esquivar la delgada columna, labor de amigotes y porquerías en el cuerpo, que se erguía frente a ella. Mauro la notó a su costado y alargó el brazo. La vieja se detuvo

–Quita.

La agarró. Sus dedos hábiles de labor fina también agarraron la mano de Mauro. Él no permitió que se apartara y trepó sus uñas comidas al arrugado cuello. Apretó.

–Quita, qui...

Apretó. Pálpito en las sienes, pálpito en la garganta. Temblor en los ojos, la mirada en la botella de la mesa. Gorgoteo entre los dedos. Como el líquido transparente que se agita dentro del vidrio. Otro cilindro, las clases de física en la facultad. Definitiva la quietud entre las manos.

“Cualquier noche tengo que cortar con él. *Laly, si yo te quiero*. Pero acaba el cachondeo y a tu puta vida, niña. Cualquier noche se queda sin mí. Mucho le importará a él.” Sus pasos chancleteados resonaban en el frescor de la mañana. Estaba cansada, peor, hastiada. Metió la llave en la cerradura del portal y giró la muñeca. Click. La luz barata chorreó sobre los escalones. Al pasar por el primero un golpe sordo. Se sobresaltó, pero el silencio siguiente la calmó enseguida. Cinco pisos y al final la buhardilla. Su sueño y su decepción. Al menos la comunidad no era cara y el casero no la molestaba. Se dejó caer, larga, en la cama. Tres o cuatro horas y a madrugar para atender la ventanilla del banco, recibos, breves ingresos y muchos reintegros. Los primeros sobres de declaraciones de la renta. El mal humor de Sebastián, mal compañero...

Un vecino bajó de puntillas las crujientes tablas de los escalones. Tenue clic de la puerta de hierro. La calle le tragó, casi anónimo, mientras la vetustez del edificio callaba en su somnolencia.

De todos los coches de la calle, Mauro se dirigió al más viejo. Arrancó con tos cavernosa, pero a la primera. Sus chapas temblaron al salir de la fila de vehículos. A esas horas no había demasiado tráfico en la ciudad. Enfiló la M-30,

carril derecho. Despacio, más despacio, no tanto, no tanto, podría llamar la atención. Cuando llegó a Mercamadrid le retuvieron en la puerta, hizo una llamada, su batería estaba muy baja. Carlos llegó pronto, mandil blanco, sucio, grueso, pesado. Intercambiaron dos frases. El coche de Mauro entró, el guardia cerró la barrera de nuevo. Había pensado muchas veces que no debía rechazar el trabajo que le habían ofrecido repetidamente, pero madrugar no era para él. Ni el trabajo físico. Ni el exceso de responsabilidad. El dinero mandaba.

Al principio, en la facultad había pasado temporadas en trabajos eventuales. Luego había optado por mandar currículos, después decidió esperar. Nada. De tener el dinero necesario se hubiera dedicado a completar estudios, tal vez un máster, tal vez el extranjero. Sus maestros desde primaria decían que tenía cabeza. ¡Cabeza!. ¡Como todo el mundo! Odió siempre esa frase, sobre todo cuando iba acompañada de una mirada tierna y esperanzada, caducada ya, en los ojos de un adulto. Le gustaban los libros para memorizarlos. Ni siquiera disfrutaba con la lectura, pero tenía una extraña capacidad para captar contenidos. Acabó la carrera en cinco años. También acabaron sus posibles sueños.

26

–Tengo mucho trabajo, ¿qué quieres?

–Te puedo ayudar.

–No jodas, tío. No me hagas perder el tiempo. ¿Qué te pasa a estas horas?, ¿alguna chavala te acaba de echar de su cama?

Mauro prefirió no responder. Para Carlos sólo existían El Merca y el sexo. Le ayudó a colocar unas cajas sobre otras. El frío era intenso y el pescado olía a hielo. Hielo sucio y ojos vidriosos que se clavaron en él en cuanto le detectaron. Los cuerpos fusiformes se estiraban paralelos, grises, repugnantes. Dos inmigrantes le apartaron descargando mercancía, cansados, lentos, silenciosos. Los miró detenidamente. Veinte, veintitrés. Difícil, no tienen edad. Ecuatorianos, tal vez. El frío le estaba calando.

–Déjame algo, colega.

Tras la escarcha del aire le miró fugazmente. Sonrió de lado.

–Vete a la mierda.

- Te lo devolveré.
- Aquí no puedes estar.
- Lo necesito.
- Lárgate.
- ¿No le vas a hacer un favor a un amigo?
- ¡Amigo, ¡ja!
- Venga, ¿qué te cuesta?
- Ni te lo imaginas, tío, déjame en paz.
- De verdad que me hace falta.
- Que no.

El trabajo era el mismo en todos los puestos. Los clientes empezaban a seleccionar, alguno discutía, otros entraban en oficinas. Albaranes. Suelo mojado. Frío intenso. Mauro vagó por entre cajas y miradas ajenas. Querría pasar entre ellos como una sombra, apenas un hilo oscuro que no llega a rozar. Vio billetes en las manos de alguno y los deseó. Sintió sequedad en la boca, hormigueo en las manos. Se las miró, no tenía nada en ellas. Por un momento las imaginó blancas como la cal, pero las tenía rojas, amoratadas casi.

Volvió al puesto primero. Carlos ya no estaba por allí. Salió. Dejó el coche quieto, ni siquiera giró el contacto. Apoyó la cabeza sobre sus manos, estas en el volante. Empezaban a reaccionar sus dedos. Hacía tiempo que el cabeceo del asiento ya no existía. Le picaban los ojos. Debería dormir algo. Tal vez aquí mismo, pero esto es incómodo. Su mente dibujó a Inés por un instante, como todos los días, con un esfuerzo diluyó su silueta.

Laly pasó mala noche. La molestó el estómago, pero sobre todo estaba ofuscada con los hombres. Cuando se despertó a las seis de la mañana hubiera llamado a su hermana, pero sin un motivo muy justificado no podía romper su sueño de madre con descanso atrasado. Era pronto pero dejó la cama. Subió al taburete y sacó la cabeza por la ventana de madera que le ofrecía tejados plagados de gatos. “Parece mentira, en mitad de la ciudad y que esto parezca una escena de Mary Poppins.” Eso y el alquiler era lo que finalmente la retenían en la buhardilla. Bueno, también el no volver a casa con mamá. No dar su brazo a torcer ni ante la presión de sus tías.

–Ahora que tu madre está sola te vas tú también, que tu hermano se case y decir que te vas, ha sido todo uno, hija.

Ella les había dicho que qué tenía que ver la vida de los demás con la de ella, que su madre tenía amigas y que no dejaba de tener a sus hijos, solo que fuera de casa; que total si con los trabajos y demás cosas apenas estaban juntos y que así no discutirían en las cenas o los desayunos. No dejaron de mirarla recriminatorios, pero fingió indiferencia y alquiló su pequeño refugio.

Después de un año casi no se arrepentía. Con el vecindario no tenía ningún problema, nunca coincidía con nadie el tiempo suficiente para tener que desarrollar una conversación. Laly resolvía los breves encuentros con *hola* y *hasta luego*, incorporaba una sonrisa comedida y ahí acababa todo contacto social. A veces se imaginaba cómo sería el que dormía justo bajo su suelo, o qué estarían haciendo diez metros más abajo justo cuando ella pasaba delante de la puerta, pero todo quedaba en un mero ejercicio creativo, no llegaba más lejos.

28

Se llevó una mano al cuello, le dolía la nuca y Mauro soltó un chasquido de dolor por ello. No había sido buena idea quedarse dormido sobre el volante. Deslizó la mano después hasta el estómago, posiblemente fuera hambre. Puso el coche en marcha. Antes de moverlo salió y dos metros más allá, escudado por la puerta, orinó. No había nadie. “Al menos aún se puede mear a gusto.”

El coche salió a la corriente circulatoria. Entró en el primer barrio que se le permitió, ni miró el nombre, pero buscó un bar. Junto a unos edificios nuevos, olor a ladrillo húmedo, polvo, hombres oscuros que empezaban el día. “Si tuviera mi propia casa. La mala suerte se ha cebado en mí desde siempre. La vida me ha puteado tanto...” encontró lo que buscaba. Un camarero pegaba con celo partido a mordiscos el menú del día. Mauro lo leyó. Fabada o sopa de cocido y bistec con patatas o filete de mero en salsa, pan vino y postre. En la barra donde él se apoyó aún había círculos de tazas y migas. Pidió café solo doble.

–¿Algo de comer? –le dijeron.

Él respondió que no. Una punzada protestó en su interior, pero algo en la garganta le impedía tragar, lo sabía. Mauro entrevió una botella, y la botella le hizo marearse, algo significaba.

Tomó el café a pequeños sorbos. Pidió agua. Se la dieron girando el líquido aún en el vaso, burbujas de presión, lechosa. La dejó calmarse y luego la bebió de un trago. Pagó.

Los pies le pesaban. Se quedó junto a la obra, sentado en unos ladrillos. Alguien pasó a su lado y se paró.

–¿Quieres trabajo? –Mauro levantó la cabeza.

–¿Tienes polvo? –respondió él.

El hombre tal vez no lo entendiera bien, pensó Mauro, pero desde luego la respuesta no le gustó y se alejó de allí escupiendo dos pasos después. El café se revolvió contra sí mismo y Mauro vomitó.

Laly no esperaba nada de aquel día, otro día, como cualquiera. En su cabeza una idea se clavaba cada vez en un sitio, como si se fuese agarrando desolada en las esquinas de su pensamiento, “algo debe cambiar en mi vida, tengo que buscar algo distinto, qué gris todo.” Había decidido ir andando esa mañana, le sobraba tiempo y no quería gastarlo en conversaciones inútiles con los resabiados de la oficina. En aquella zona el tránsito por las aceras era muy escaso, y así ella no necesitaba levantar apenas la cabeza para esquivar a nadie. Bajó el bordillo y fue entonces el frenazo, el chirrido de los neumáticos y unos ojos que desde el otro lado del parabrisas se clavaron en ella. Se quedó quieta, incapaz de reaccionar, sorprendida pero no asustada. También ella miraba aquellos ojos encogidos y violáceos. Fue un instante, meramente un instante.

Mauro salió del coche. Los frenos habían respondido bien. Se alegraba. Aquella chica no tenía la culpa de que la vida fuera así.

–Estás bien, ¿no?

–Sí, sí, no ha sido nada. ¿Y tú?, ¿te pasa algo?, ¿te encuentras bien?

–No, no, pero ya pasará.

–¿Te puedo ayudar?

–Bueno, tal vez... Te invito a un café. Aparco, espera.

Ella miró cómo maniobraba un poco más arriba. Aún no había subido a la acera, miraba como atontada, sin saber por qué había aceptado esa invitación. “Porque la he aceptado ¿verdad?, no he dicho nada, pero se

sobreentiende. No me gusta este tío, pero así se queda todo en tablas, ¿no?”

Y flanqueando dos tazas de café la conversación fluyó, como de toda la vida. Mauro habló de que buscaba trabajo y de que esa mañana se encontraba algo regular, el estómago. Laly habló de que iba a trabajar y de que no estaba nada motivada. La vida tiene esas cosas.

–No es nuestro mejor día, dijo él.

Ella respondió que no, pero que algo tendría que cambiar, que cualquiera podría entrar en nuestra vida y de pronto alterar todo y darnos un motivo diferente. Mauro se forzaba en sonreír, seguramente ese café le sentaría mejor que el primero. Y por unos minutos olvidó a su tía, inerte sobre el floreado del sofá, y a sus contactos que nada le resolvían últimamente. Laly se sentía cómoda con él, no insistía en mirar el reloj, como otras veces, y casi había decidido ya que si se le echaba la hora, cogería el metro.

30

Un rato después ambos habían subido al coche, Mauro llevó a Laly al banco, la dejó en la puerta. Se sonrieron casi con una ternura de colegiales, solo casi. Ella entró y le garantizó la hora de salida. Luego trabajó esa mañana casi con ilusión. Vigilaba las manillas lentas que prometían algo distinto, una nueva aventura, un toque de emoción en su rutina. Había sentido un puntito redondo que entrechocaba en su mente y que envolvía la garra que se aferraba últimamente a su pensamiento. Y eso le daba nuevo aire, se imaginada casi feliz, con un camino nuevo que hacer, al fin viva.

Mauro aparcó el coche frente a su portal. Esta vez no silenció las llaves en su mano. Ya no era necesario. Entró en la salita y miró al sofá. Por un mínimo instante imaginó verlo vacío. Pero no era así. Tenía toda la mañana para borrar el pasado más reciente. Debía poner en orden las cosas. Sentía que una oportunidad entraba en su vida. Aquella chica podría ser la solución, al menos de momento.

DIGNO SILENCIO

Gerardo Cortés era apreciado por sus colegas de la universidad, y por los alumnos. Sus clases de Derecho Romano eran impartidas con rigor y profesionalidad. Su trabajo era su objetivo, su vida era su trabajo y el resto era meramente circunstancial. De mañana a tarde era un hombre responsable y sin tacha. De noche, hibernaba.

Cada semana iba a una librería de viejo, era para él como un ritual. El dueño era un hombre enjuto, aplastado por el peso de los miles de libros que habían pasado por sus manos; había heredado el negocio de su padre y, aunque al principio no fue feliz por ello, había acabado enamorado de aquellos textos que envolvían sus días.

Gerardo Cortés era un fiel cliente. Y los libros unos fieles compañeros durante las horas que entre la cena y la cama pasaba en casa, en un sillón, olvidado de su mujer, quien se dedicaba a hablar con las amigas, chatear o lustrar los objetos personales que guardaba en una vitrina. Tampoco las breves conversaciones con su hijo, ya independizado desde tiempo atrás y a doscientos kilómetros de distancia, ponían chispa en su cotidianidad.

Aquella semana el profesor había ido de nuevo a la librería, el diálogo con el dueño, que ya debiera haberse jubilado, era casi siempre el mismo, el tiempo, las novedades editoriales y si acaso algún comentario fugaz y triste sobre la derrota del papel y el triunfo de la tecnología.

Gerardo Cortés se giró para alcanzar uno de los volúmenes que aguardaban la mano liberadora que les diera vida, cuando notó que chocaba con alguien, al instante percibió que un libro caía, y antes de mirar a la persona que lo sujetaba, se agachó y recogió con mano firme el ejemplar, lo devolvió con una sonrisa de cortesía que significaba también una petición de perdón. Entonces la vio. Una muchacha, tal vez de treinta, joven para él, ya cerca de los cincuenta, azorada, le devolvía la sonrisa y recogía el libro con mano débil y asustadiza. Entonces él lo recordó. Recordó aquel rostro de cierta alumna en la que había puesto un sano y gratificante empeño al enseñar, de aquella alumna que

había conseguido triunfar porque él se había volcado en su labor. Fue su éxito, el único éxito de su vida. Y supo que debía cambiar la estructura de trabajo, que no podía seguir yendo a esas aulas abarrotadas de alumnos que atendían o no, que estudiaban o no, que triunfarían o no, para soltar ante ellos retahílas de palabras coherentes y sabias a la espera de que fertilizasen los espíritus.

El profesor Cortés inició un programa de seguimiento personalizado basado en tutorías generosas y abiertas. Los alumnos comenzaron a asistir a ellas, su buen nombre creció y su profesionalidad quedó enmarcada en la consideración académica.

Hasta que llegó Carlos, con él se sintió agobiado. Carlos le requería día sí y día también, restando tiempo que pudiera dedicar a otros alumnos más necesitados tal vez. El profesor consideró que debía distanciar la presencia de ese alumno y lo hizo, sin dudas ni remordimientos. La reacción de Carlos no se hizo esperar y en pocos días comenzó a circular el rumor por la facultad de que un alumno había sufrido acoso por parte de Gerardo Cortés. El profesor no hizo caso, no quiso entrar en el juego de negar o defenderse, y continuó con su labor. Pero la labor de zapa no finalizó ahí, sino que prosiguió con la aparición de un artículo en el periódico interno de la facultad que hizo que la noticia se extendiera como una infección.

Entonces, una tarde, decidió que había llegado el momento de solucionar sus silencios vitales, supo que debía tomar una decisión y liberarse de la carga silenciosa y solitaria que era su vida en realidad y que aquello que había ocurrido solo había sido el detonante para remover su conciencia. Así que escribió una carta dirigida al decano donde solicitaba el tiempo máximo de excedencia. Y cuando la tuvo, desapareció, no solo de su despacho y de sus clases, sino de su casa y de su vida. Nadie supo dónde fue, y nadie supo después, al cabo de dos años, si Gerardo Cortés se había planteado, a mil kilómetros de allí, volver.

CRIMEN POR ESTRÉS

–Confesaré lo que ustedes quieran, pero no cuando ustedes me lo digan. Me han estado preguntando toda la noche y yo soy un hombre que necesita dormir, así no hay manera de dar pie con bola, vamos. Reclamo mis derechos nocturnos al descanso y al sueño. Las ilusiones de la vigilia ya no las tengo y debo soñar en algún momento, ¿no? Por eso decía que si pudieran ustedes mejorar un poco la calidad de los catres de los calabozos... vale, vale, no es problema mío, ¿verdad? No diré nada.

He sido profesor de hostelería durante veintitrés años, los *maîtres* que han pasado por mis manos, los más solicitados en los mejores restaurantes. Reconozco que algunos fueron directamente recomendados por mí y es que pasaron por mis manos de un modo muy especial, ¿me entienden? Todos mis alumnos han salido muy bien formados. Mis chicos investigan, pasan exámenes fuertes. Mi academia de hostelería es muy completa, hay mucha teoría y más práctica porque... ya veo por sus caras que no les interesan mis ideas pedagógicas.

Díganme qué quieren que les cuente. Yo no tengo mucho que decir. El estrés que me producen ustedes bloquea mis pensamientos. Decirles que yo lo quería está de sobra, ¿verdad? Vivíamos juntos desde hace tres años y lo maté ayer. Así de claro. Si he provocado escándalo público, lo siento, ¿tengo que disculparme con el vecindario? No lo haré. Son todos unos insensibles y unos majaderos, que no les llamo otras cosas porque me educaron muy bien. Me miran, lo sé. Creo que me envidian, que se aguanten. Lo de anoche fue insalvable.

Si no llega a ser por el ruido que hizo y por mi vecina de patio, seguro que nadie se entera.

Lo miré largo rato en mi tresillo nuevo. Lo compré la semana pasada, trescientos euros sólo. Una ganga. De segunda mano, claro. Pero era mío y él no dejaba siquiera que yo me sentara. Al principio hasta me hacía gracia, pensé “tenemos los mismos gustos”, pero luego no quieren ustedes saber las barbaridades que pasaron por mi cabeza.

Nos hemos hecho compañía muchas noches, ha recibido de mí más caricias que de nadie. No puede reclamarme nada. En la calle lo encontré, abandonado, me dio pena y ya esa noche lo subí a mi casa, le dejé que durmiera en el salón. Fui generoso, no me lo negarán, hoy no te puedes fiar de nada y yo le dejé estar en mi salón, desayunamos juntos y sentí que nos entendíamos. Fue bonito, paseos por el parque, comidas juntos, hasta nos gustaban las mismas películas. Mi familia me ignora desde hace mucho, él fue mi familia.

¿Por qué lo maté?, miren, ya me molestaba y a mí no me gusta dejar las cosas sin rematar, algo de tu vida que queda en el aire se te pega al alma para siempre y ya no te abandona. No soy así, las cosas hay que cerrarlas bien, las relaciones son importantes en nuestra existencia y no pueden quedarse colgadas. Lo decía mi tresañuelo, que era muy sabio en cosas de la vida. Pues les digo que me era molesto. Nunca lo había pensado, se lo aseguro, pero surgió. Nuestra vida compartida era ya tresañeja y, como los coches, se le había pasado la garantía. Él pretendía quedarse para siempre. Y eso no, eso no. Que mi libertad es sagrada y mi trabajo me exige mucho tiempo en contacto con gente, en casa quiero soledad.

Traté de explicárselo, pero no me oyó. Oigan, que ni siquiera se dignó mirarme las tres veces que lo intenté. Anoche estaba particularmente silencioso y supuse que era parte de su estrategia para hacerme sentir su desprecio. ¿Se lo pueden creer? Por cómo me miran, ya veo que no, pero él me despreciaba. Sobre todo cuando a casa venía algún amigo antiguo, de mis años de galán y se quedaba a dormir. Normalmente él entonces debía ocupar el salón, por deferencia, ¿entienden? Pero esto ya le sentaba mal, sólo quería estar a mi lado y se resistía incluso a ocupar su lugar en nuestra habitación. Continuamente pegado a mí. Eso me resultaba estresante. No he podido más.

Pensé en el envenenamiento alguna vez durante la velada, pero eso es tan femenino, que ya tendría bastante con los comentarios de la gente para el resto de mi vida. Ahora ya recibo suficientes, no se crean. Simplemente lo agarré y lo estrangulé. No me pregunten, no recuerdo el momento, ni lo que sentí. Cuando lo vi caído, sin respirar, supe que ya no había marcha atrás. Y me senté a pensar qué haría con su cuerpo. ¿Verdad que el cine nos sugiere muchas ideas? Pues anoche ni una se me venía a la cabeza. Lo metí en el congelador.

No vayan a pensar que no lo sentí. Claro que sí, hasta lloré, recordaba sus primeras palabras la noche que lo encontré, su mirada atrevida, los chistes que me reía, que yo creo que era el único que me los entendía... De verdad que lo quise mucho, aún hoy le quiero y siento pena, pero señores, ¿irán ustedes a detenerme por esto? La vecina que me denunció anoche es una envidiosa cotilla, no deben dar mucho crédito a lo que dice. Jamás he maltratado a nadie, mucho menos a él, después de tres años de vida en común. Ella inventa cosas para agravar la situación.

He entendido ya que no debí hacerlo, que hay otras formas, pero me desesperé tanto que mi instinto salvaje salió, a veces soy muy duro, lo sé. Ahora díganme a cuánto asciende la multa, pero les aseguro que no creo que deba ir a la cárcel por ello, al fin y al cabo era una especie protegida, sí, pero total un loro más o menos no va a perjudicar el Amazonas.

NO HABÍA SALIDA

No había salida. Cuando fue consciente de ello se dejó llevar por la desidia. Siempre luchando, siempre enfrentándose a los obstáculos, siempre lamiendo sus propias heridas porque nadie se acercaba para consolarla en su cansancio. Sin embargo esta vez era diferente, no había ninguna posibilidad de salir de aquello.

Los pasos de Aurora vacilaron mientras su mente se rendía a la evidencia, su mirada se elevó quizá buscando alguna claridad, pero los grises y ocres de los edificios fríos y distantes fueron testigos mudos de su llamada. Los portales habían subido de numeración. Abrió su mano aterida que empuñaba un papel mal recortado. El número que allí leyó había quedado atrás. Giró la cabeza y obligó a su cuerpo a que regresara sobre sus pasos.

Pero la desidia inicial dejó paso a un caudal incontenible de rabia y coraje. Si no había salida, ella horadaría la vida con sus manos si era necesario. No era momento de rendirse porque entonces dejaría de ser ella. Y tenerse a sí misma era lo único que la ayudaría a levantarse por las mañanas. “Un poco más, tal vez sea sólo un poco más”, y recolocaba su espalda, llenaba sus pulmones de aire, parpadeaba queriendo captar el mundo con una breve mirada y se lanzaba a él como el que se lanza a una lucha feroz por el alimento. Aurora decidió una vez más levantarse y atravesar fronteras.

La mañana que marcó el teléfono y pidió cita no sopesó ninguna consecuencia, simplemente abrió un camino en el que pintó un cartel con letra infantil que decía SALIDA.

Accedió por fin al portal. El papel húmedo de sudor y nervios regresó al bolsillo. Se dio tiempo y subió los escalones que la llevarían hasta el segundo piso. El ascensor respondió al desprecio con un silencio añejo. Los escalones de madera crujían en su ancianidad. Oía a pisadas amargas, a barniz espeso, a frustraciones y secretos. Ella ascendía lenta, aferrándose al pasamanos con la avidez de la mano náufraga en torno al madero salvador. Las puertas eran muy altas, con una claraboya en su parte superior, con una mirilla ancha e his-

torizada, con un sagrado corazón clavado por el tiempo. Se vio levantando su dedo hasta el pulsador del timbre. Cuando quiso pensar por última vez en lo que iba a hacer oyó el sonido estridente que acababa de producir su agitación nerviosa al presionar el botón. Quedó paralizada a la espera. Deseó correr como un niño que acaba de hacer una pequeña trastada. Deseó que alguien saliera a regañarla y así poder irse deprisa, deprisa.

Al abrirse la puerta, una mujer de mediana edad la hizo pasar hasta una pequeña salita irregular. Allí se sentó. Aurora se dispuso a esperar, tanto había esperado en su vida que no se molestaba ya por aguardar en una silla caliente de desesperanzas. Porque eso era lo que la había llevado hasta aquella casa. Había olvidado su reloj, miró a su alrededor, era lógico no encontrar ninguno pegado a la pared, como si naciera de él. ¿Por qué el tiempo surgía de los muros como una protuberancia enfermiza? Se regañó por esquivar mentalmente el tema. Le dolían los pies. Y tal vez la cabeza. Buscó el punto de sanación entre los dedos pulgar e índice y presionó un instante. Luego lo olvidó y soltó.

Cinco años eran toda una vida. Para ella lo mejor de su vida. Cinco años que no quería tirar porque a ella le servían, eran como el tesoro que un mendigo guarda entre sus harapos. Aurora recogía hasta las migajas de aquella inesperada relación. Con Ángel se había sentido bien desde el primer momento. Había recuperado su autoestima, su ilusión de colegiala, su juventud arrinconada. Era otra mujer. Tanto que encontró sentido a su lucha y a su rebeldía y se felicitó al fin por las derrotas sufridas hasta llegar a ese amor maduro. Se fortaleció aún más, se enfrentó a críticas, envidias o purismos, que a ella le daba igual lo que impulsara a los demás. Enderezó sus esperanzas dobladas bajo el peso de la soledad. Entonces empezó a mirarse de nuevo en los espejos y sonreírse benévola. Y así un año y otro, aprendió a caminar de nuevo, aprendió a leer en los besos, aprendió a seguir esperando a pesar de todo. Luego poco a poco fue viendo que no había salida.

El tiempo pasaba y Aurora necesitaba avanzar un poco, completar su presente, aferrarse a algo que la ayudara a seguir. No se oía nada en la casa. Se fijó entonces en algunos carteles adheridos en un lateral, sobre un corcho salpicado de pinchazos inmisericordes. Gente feliz, parejas felices, miradas

felices. Y sintió un pellizco de emoción. Consultar sus dudas, abrir puertas para atravesarlas con Ángel, buscar salida... ¿Qué más la había llevado allí? ¿Su egoísmo? ¿La generosidad de hacer un regalo de amor o de que se lo hicieran? Alguien habló cerca de ella de la asociación aquella. Y llamó y pidió cita y allí estaba, sentada, temblando como si la vida le fuera en ello.

No podían seguir así, circulando en un vehículo que se deja arrastrar por la corriente del miedo y la comodidad. Aurora necesitaba tal vez completar su círculo, con Ángel, claro, porque sola ni se lo planteaba ya. Y por eso había luchado contra todo, hasta contra la escasa familia que le quedaba y, sobre todo, contra ella misma, y fue esta la pelea más dura. ¡Qué crueldad! Tantas veces engañada, derribando las estatuas de sus héroes cuando el corazón se le rompía de desengaño, levantando la cabeza aunque pesaran sus lágrimas, y ahora que por fin la amaban nadie aceptaba que ella pudiera palpar de nuevo.

Lo peor fue su propio ataque, noches en pie de guerra contra sus deseos, sintiendo que el corazón crujía de impotencia y arañando ese amor ciego para provocar su huida. De nada sirvió, la cabeza se rindió y Aurora enloqueció por ese sentimiento que la daba a luz cada minuto. Pero sabía que no había salida, que su esperanza flotaba como un nenúfar agarrado al fondo, pero sin dirección, esperando marchitarse sobre aguas estancadas. Por eso decidió luchar.

La puerta se abrió. Entró una figura femenina, ceñida de cuero y rematada de lila vaporoso. Deshecha en sonrisas la condujo hasta un pequeño despacho, acogedor pero ajeno. Aurora se sentó y preguntó, preguntó sin apenas asimilar las respuestas, como queriendo almacenarlas primero para luego interpretarlas. ¡Tanto deseo preso del miedo! Tras el interrogatorio pusieron un su mano un dossier y unos folletos. Se despidió. Al salir entrevió una cabeza inclinada en la sala de espera, la misma que ella había ocupado. Hombre o mujer, daba igual, Aurora sólo se fijó en una manga blanca, en los dedos entrelazados, en las uñas muy cortas.

Ahora se enfrentaba en otra batalla. Ángel nada sabía de aquello, pero era el que debía decidir. Ella no podía más, le hablaría de cómo superar su miedo, le contaría lo que la ciencia podía hacer, lo que abriría sus vidas hacia unas expectativas nuevas. Y luego esperaría, porque ya no dependía de ella. No quería seguir así, en el punto medio de nada, sin salida. Después de cinco

años, Aurora necesitaba amar un cuerpo diferente, recuperar al auténtico Ángel, al hombre que latía y la amaba desde el cuerpo equivocado de la que aún se llamaba Ángela.

COMPRA VIRTUAL

Se busca escolífero de tres respiés para alengurar alepéndulas. Interesados llamar telentemente a la glonta de prímeta. Se pagará en perestíes o trentesas.

–Justo lo que busco, después de tanto tiempo me voy a deshacer de él.

Y rápidamente contestó al remitente del anuncio que esa mañana había encontrado en el periódico que envolvía su bocadillo. Después de esperar ocho minutos, y cuando estaba ya a punto de colgar le pasaron con una voz profunda que dijo:

–¿Seguro que usted tiene lo que yo quiero?

–Responde justo a lo que he leído en el anuncio.

–¿Podría verlo antes?

–Claro, ¿cuándo quiere quedar?

–Prefiero que me mande una fotografía por correo electrónico

–Me asombra, ¿no preferiría verlo directamente, tocarlo, ver su tamaño...?

–Poco conoce usted los escolíferos... todos tienen el mismo tamaño.

–Pues no lo sabía, lo conseguí hace tiempo y no me he preocupado de buscar más.

–Mal hecho. ¿Dice que seguro que es de tres respiés?

–Por supuesto, sé contar.

–No se moleste, caballero, he de asegurarme.

Aceptó la petición y anotó el correo del posible comprador. Esa misma tarde fotografió el objeto de la compra y envió la imagen. A vuelta de correo recibió la siguiente respuesta.

No parece estar en buen estado. No sé si podré alengurar alepéndulas. Por favor, remítame fotos desde otro ángulo.

Lo hizo a la mañana siguiente. Aquello ya empezaba a molestarle. Junto al documento escribió:

Acláreme si quiere pagar en perestíes o en trensetas, ¿queda esto a mi criterio?

No obtuvo respuesta durante cuatro días. Mientras tanto el escolífero permanecía en mitad de su salón esperando a ser despachado a su destino. Pensaba ya en empaquetarlo de nuevo cuando abrió el correo y leyó:

Realmente preferiría, en caso de comprarlo, abonar el artículo en pítres. Acabo de llegar de viaje y aún guardo divisas. He de pensar sin embargo si el producto me satisface. Querría hablar con usted personalmente, pero no me llame a la glonta de prímeta, hágalo al minigorlo de la sandaya, lo cogeré yo mismo.

Realmente estaba ya molesto, él sólo quería deshacerse de algo que le sobraba, no tenía por qué perseguir al comprador. Envió un nuevo correo.

Antes de eso, dígame, ¿cuánto está dispuesto a pagar?

Y la respuesta fue:

Nunca hablo de cantidades por una línea que pueda ser interferida. Si no le interesa, aquí dejamos nuestro negocio.

Vio que se le escapaba la posibilidad de eliminar de su vida un escolífero que le había resultado inútil y cedió.

–Mire, esto ya se alarga –le dijo al casi desconocido– me gustaría saber si está realmente interesado en mi escolífero o no.

–Por supuesto, además creo que es usted un hombre honrado. Quisiera saber antes, ¿cuántas veces lo ha usado?

–¿No cree que eso es una indiscreción?, le aseguro que está impecable, perfectamente limpio y en pleno funcionamiento.

–¿Por qué se deshace de él entonces?

–Ya se lo dije, no lo necesito

–Es extraño, no parece usted muy mayor

–No tiene nada que ver, mi vida no va en esa línea

–¿No lo ha disfrutado adecuadamente?

–Oiga, eso es asunto mío, ¿no cree?

–Tengo que saber lo que compro y asegurarme de que el escolífero no tiene malas vibraciones.

–He sido muy considerado con él...y con usted, ¿resumimos?

–Me ha asegurado que es de tres respiés...

–¿No lo ha visto en la fotografía?

- Pues no se ve demasiado bien
- Pues habrá de fiarse de mi palabra.
- No sé, un hombre que es capaz de entregar así de alegre un escolífero...
- Mire, creo que hasta aquí hemos llegado.
- Espere, espere, cuatrocientos pítrares.
- ¿Cuánto es al cambio?
- Unos ochocientos cincuenta perestíes
- ¿No le parece poco?, creo que no va a haber trato.
- Bien, veo que no es tan despegado como veía, era sólo una prueba, tenía que percibir el valor que tenía para usted. ¿Sólo lo ha usado usted?
- Pero, ¿por quién me ha tomado?
- No se ofenda. Si le parece ponga usted la cantidad.
- Tal vez...mil doscientos perestíes...
- Bien, ya le haré llegar un cheque con la cantidad en pítrares en cuanto reciba, bien embalado el escolífero...
- No creerá que se lo voy a mandar así como así...
- Le mandaré un tandrofo que lo recogerá.
- No me fío de los tandrofos. Además, querría conocerle en persona.
- Eso no va a poder ser. No salgo de casa...y no va usted a venir hasta aquí. Hagamos una cosa, remitamos cada uno lo nuestro el mismo día para que se crucen por el camino
- No
- Dígame quién quiere que haga el intercambio.
- Yo mandaré mejor que un tandrofo una eslímetra. Son más rápidas y nunca pierden nada. Están asegurados los transportes.
- Bien. Lo espero.

La eslímetra nunca llegó y el escolífero empezó a resultar un bulto molesto en el centro del salón. Pero sólo hasta que lo sacó al jardín y allí dejó que las hormigas dieran buena cuenta de él. Fue una lástima porque los de tres respiés ya no se encontraban, y mucho menos los que alenguraban alepéndulas.

DONDE HABITE EL AMOR

Allí donde habite el amor habita también el olvido. Los espesos cortinajes que oscurecen el recuerdo de días felices y noches mágicas. Porque el amor a veces se refugia en habitaciones recónditas, sin cerradura siquiera, sin ventanas, sin un cuadro en la pared, sólo por evitar el daño, por no permitir que nadie lo hiera. Eso me pasó. Eso.

–No dirás que no te lo advertí –me dijeron.

Sí, tú y otros, los que supuestamente estaréis conmigo siempre, los que seguís mi vida como si fueran capítulos de una serie extranjera que llenase las horas de la siesta. Capítulos que os parecen siempre los mismos pero que están guionizados con intención, con arte, el arte de lo que pretende reflejar la vida con algo de estilo.

–Llenas todo de palabras, pero ¿y ahora? –insistieron.

Ahora debo empezar otra historia de amor.

–¿Otra? –parecían no entender.

Cada día una si hace falta. A veces consumimos las historias hasta que han dejado de serlo. A veces después aún seguimos respirando su estela, como si fuera el oxígeno que necesitan nuestros pulmones. Pero no es así. Hay que saber cerrar la carpeta, iniciar otra con un nuevo nombre, o sin él. Los nombres al fin y al cabo no identifican las historias, sólo las numeran.

–No te entiendo. Sólo trato de estar a tu lado y de ayudarte –me aseguraron.

Ayudarme, ¿a qué?, la vida debe ser descubierta por cada uno. Nada de lo que me ofrezcas puede ser ingerido si yo no lo he arrancado con mis propias manos del árbol.

–No seas tan metafórico –me recriminaron.

Estoy hundido, amigo. Pero no importa, dicen que sólo así puedo ver que me queda una única dirección en la que caminar: hacia arriba.

–Pues eso –afirmaron.

Y ahora caminaré. Sin duda buscando otra mujer que me espere, que quiera conocer cómo soy. Está por ahí, perdida entre personas que no saben

conocerla porque solo les interesa como compañera, como familia, ayuda, pero no como persona. Y ella es una persona, ¿sabes? Una persona como lo soy yo. Ávido de amar.

–Complicado. Eso eres tú, un tipo raro que habla de ideales y de poesía –me acusaron.

Eso no es complicado, eso es el mismo don de la vida que se resuelve en sentimientos y frustraciones que son las que debemos remontar. Como yo ahora. Yo debo impulsarme hacia arriba como el ave saliendo de la superficie del mar. Tal vez con mi caza en el pico. Pero somos principiantes, siempre lo seremos. Por eso no he pescado nada. Debo iniciar mi labor.

–Tienes que vivir, a veces se te olvida, como dicen por ahí –me aconsejaron.

¡Qué prosaico eres! ¡Vivir! ¿Sabes tú lo que es eso? Respirar, alimentarse, desplazarse, aprender, sentir, buscar y llegar a un final inesperado o no deseado con la satisfacción del deber cumplido. Pero ¿dónde queda el perderse, el olvidarse, el destruirse para rehacerse...?

–Estás un poco loco –me señalaron.

Sólo así se puede romper el espejo que nos refleja una imagen supuestamente, solo supuestamente, real. Porque cada uno ve la vida como quiere verla, no como es. Incluso los amargados.

–¿Tú no lo estás entonces? –cuestionaron.

No lo estoy. Estoy siempre en el punto de partida para hacerme de nuevo. En la línea que separa lo que es de lo que quiero, lo que puedo de lo que pueden los demás. Siempre ahí. ¿Entiendes? Veo que no. Me miras y de verdad crees que estoy loco. Lo crees y sin embargo sigues hablando conmigo. ¿Lo haces por miedo a mi reacción?

–Lo hago por amistad –repetieron.

¿Eso es lo que sientes? ¿Qué es la amistad? Seguro que sobre ella puedes teorizar, cualquiera puede, sobre todo quienes empiezan a sentirla, a conocerla, los adolescentes, que piensan que los sentimientos propios existen para siempre y no se dan cuenta de que están incompletos si no conectan con los sentimientos eternos del universo. ¿Sabes tú lo que es eso? No. Hablas de amistad gratuitamente, como algo que se obtiene del aire. Alguien te cae bien, pareces conectar y de pronto os llamáis amigos. Pero no es tan sencillo.

–Debo ser yo el sencillo, solo un amigo, no catalogues y no analices la oferta de quien quiere estar contigo –me encandilaron.

No lo hice con ella y mira lo que pasó. No analicé. Me entregué, del todo. Me di y se quedó con lo que me configuraba, como si fuera mi disco duro. Cualquiera decisión pasaba por su amor. Hoy ya no soy, solo intuyo un proyecto dentro de mí que debe buscar cómo realizarse. Nada más. Hoy ya no soy ella y ella no fue nunca yo.

–Pues adelante –me animaron.

Sí, adelante. Siempre adelante, ¿con qué empiezo?

–Con la ayuda de tus amigos –evidenciaron.

¿Mis amigos me conseguirán llenar como creí que ella lo había hecho? No lograréis sino recordarme lo que fue y dejó de ser. Sentiréis pena por mí, que ya es algo, al menos eso me dota de existencia. Pero después de eso, ¿qué quedará para mí?

–Lo que tú quieras obtener –me retaron.

Lo quiero todo, ¿entiendes?, todo, porque el amor está en la configuración del mundo. Quiero la totalidad, el yo que se sentía pleno. El ella que me completaba. Todo, quiero sentir todo, lo absoluto. Quiero ser dios.

–Entonces tú no necesitas amigos, necesitas creyentes –se sorprendieron.

Puede ser.

–No necesitas sino crear tu propio mundo para tú creer en él y que él crea en ti. Nadie puede ayudarte en eso –me negaron.

Me decepcionas.

–Tal vez puedas incluso fabricar amigos y amores a tu medida. Mientras tanto este engaño que somos los demás seguirá su marcha. Adiós, amigo –repusieron.

¿Adiós?

–Y cuando encuentres lo que eres, salúdate y hazte muchas preguntas, para empezar a vivir contigo –concluyeron finalmente.

Hoy no sé dónde están aquellos que tan bien me entendieron.

PLATO QUE SE SIRVE FRÍO

Tuvo que verle muchas veces enfadado, molesto con todo lo que hiciera ella. Posiblemente alguna vez hubieran sido felices, tal vez cuando iniciaron su relación, en el noviazgo, forzoso coloquio de cortejo ante las miradas de los del pueblo. Tal vez ella imaginó una vida diáfana, una existencia lineal, creciente, con los hijos que llegaban y que, en la realidad tensaron más la relación. Hijos que él no crió porque el campo absorbía mucho y las noches eran para dormir, no para biberones y fiebres. Menos cuando eran suyas las malas horas nocturnas; pocas veces, eso sí, pero bárbaras, más mimoso que un niño, más débil que un retoño bajo una helada. Entonces él necesitaba atenciones, y allí estaba ella. Cuando ella parió tuvo que hacerse cargo de la casa su hermana, una, dos, tres veces. Él no podía dejar los animales, el campo, sus cartas, su cerveza con amigotes y el fútbol. Era demasiada carga para él como para atender a una parturienta o a un cólico nefrítico, o a una infección de oídos con más de cuarenta grados...

Y ella se quejó un día. Mal o buen día. Porque ella no quiso admitir la esclavitud, al menos de pensamiento. Tuvo que aceptar las cadenas. Por los hijos, por los pequeños, hasta que crecieran. Tuvo que pensar que, cuando fueran mayores, se liberaría. Tuvo que sentirse heroína. Según crecieron tuvo que soportar su egoísmo, el de todos los hijos. Y que se fueran marchando. Y que ella se quedara con su cadena y con su cadenero. Escuchó recriminaciones, vio malos modos.

Fue entonces cuando ya no quiso callarlo todo. Habló en casa y respondió a las acusaciones. Tuvo que reconocer que no había tenido el valor suficiente para irse, ni el dinero, ni el sitio, ni los amigos, ni ya casi las ganas, porque la costumbre aniquila los proyectos. Sin proyectos ella, sin proyectos él desde que se jubilara, sin proyectos de pareja desde hacía años, aunque ninguno de los dos lo hubiera formulado de esa manera. Y cuando tuvieron tiempo para mirarse, se hallaron los rictus de amargura, de decepción, de dominio mutuo que sin embargo no era dominio de sí mismos. Tuvo que darse cuenta de

que sus ilusiones de los veinte años hacía lo menos cincuenta que se habían resuelto en nada. Y sintió la voz de él que hablaba de buscar el modo de evadirse de la cárcel. También le llegaron otras voces que hablaban de las bravuconadas de él en el bar, calculando fechas y edades, profiriendo amenazas contra ella.

Pero ya ¿qué hacer?, ¿a dónde ir? Los hijos con sus vidas egoístas, lejos, porque ojos que no ven, corazón que no siente. Y era mejor para ellos huir de aquella vida cerrada. Ella no huyó, ¿para qué?

Así fueron pasando años, hasta aquel día en que ella le dijo un lacónico
–Felicidades, ya setenta y siete.

Ese día tuvo que verle la cara decidida, inyectada en sangre, tuvo que ver el cuchillo en su mano acercándose a ella, tuvo que oír, por última vez:

–Ya estoy harto, muchos años he esperado, ahora por fin me libero de ti y me libero de la cárcel.

VENENO TRAS LA PUERTA

Todos admiraban su decisión. Ninguno envidiaba su suerte, sin embargo. Tal vez no acababa de ser líder porque le faltaba la certeza íntima del aplauso final. O porque sabía que su arrojo no era resultado genético, sino circunstancial.

La última vez que le pegó, ojos inyectados tras la máscara azul de las pestañas, uñas clavadas en su espalda, palma que jamás dejó una caricia sobre él, corrió dejando la puerta atrás, exhalando odio por su boca al tiempo que cogía aire limpio. Polvo de obra, dióxido del tráfico. Todo era mejor que el veneno de la casa. Aitor pensaba solo en avisar a su abuela. Tras una esquina logró marcar desde la agenda. Abuela. Llamar.

–¡Vete de casa, vete!

Y la voz asustada de la mujer.

–¿Qué te pasa?”

–Vete, dice que va a por ti, que te va a matar, ¡vete!

Cuando la policía llamó a la puerta, Aitor no había vuelto. Cabello rubio hecho en casa, sobre el lavabo, revoltijo de ropa, zapatillas chancletas y aliento alterado. Respuestas confusas, rápidas.

–No, el niño no está, salió.

El agente preguntó por la suegra de la mujer, todo eran respuestas negativas y un atisbo al final de:

–Vieja lagarta, malmete a su hijo contra mí.

Por la escalera subió el chaval, ojos clavados en las sombras del descansillo, voz masculina desconocida, aséptica, alejada de la rugosidad de aquellas paredes, familiares sólo en el padrón municipal. Le preguntaron, él respondió, ella negó. Su hermana salió de la oscuridad del pasillo.

–No sé nada, dormía.

Aitor miró con indiferencia, no implicarla.

–Oiga, son menores y yo su madre.

–No es mi madre –dijo él–. La policía se fue.

Entró al fin en la casa. La mujer estaba más tranquila. Lo ignoró cuando se metió en su habitación, se encerró. El niño pequeño, de ocho años, se levantó del sillón. No le habían visto. La tele siguió funcionando. Pidió la merienda. El espantajo rubio fue a la cocina y el silencio chorreó las paredes, las sombras encharcaron el suelo. Aitor lloró. Que no lo supieran sus amigos, esos que tanto admiraban su arrojo, su rebeldía en el colegio. Sentía escozor en la espalda, nada más, vacío.

Cuando la llave, más tarde, penetró en la cerradura, supo lo que iba a ocurrir. Ainoa se lo contaría. Ella sí sabía. La policía. Vecinas oyendo por las mirillas, susurrando a sus inalterables maridos. El pequeño y su merienda envueltos en una nube de puntos frente a la rauda pantalla, absorción total. El padre iría a la habitación de los chicos, miraría la casa de Aitor y saldría como un dragón a castigar las carnes de la malvada madrastra. Y él oiría los gritos, los golpes y temería a su padre que daría excusa para que él recibiera la venganza por la justicia paterna.

Tres años le faltaban para escapar de allí. Usaría sus fuerzas para no olvidar.

LA LIBERACIÓN

El hombre miró desganado, esquivando una respuesta que debía ser la suya. Se encogió de hombros, eso siempre soslayaba cualquier esfuerzo.

–Dime, ¿quieres?

La pregunta se repetía. Siempre.

–Venga, ¿quieres?

La voz de siete años era insistente, pero la vida de cuarenta ya pesaba tanto que se había propuesto vivirla despacio. Bajó la cabeza y su boca se resolvió en un mohín indefinido. El niño se cruzó de brazos y plegó el entrecejo. Al fin el silencio. Y cuando el hombre y sus cuarenta años ya habían sucumbido al resto de las ideas de un día cualquiera, la retahíla de quejas se lanzó a él impulsada por la impaciencia.

–Me lo prometiste, dijiste que iríamos, nunca cumples lo que dices, ahora ¿qué hago yo? ¡Iré solo, no me haces falta, ya nunca te creeré, eres mentiroso, no eres bueno...!

Estalló el aire como si la cola de un látigo se hubiera partido en dos. El niño no lloró. Sus ojos se inundaban resistiendo el empuje del mar de odio. Cuando empezó a notar la dureza del suelo se levantó. El peligro había pasado, el hombre ya se había sentado de nuevo. Desde su desahogo ignoró los pasos temblones del niño y supo que se había encerrado dos puertas más allá. Encendió un cigarrillo mientras pensaba que él nunca había querido ser padre; que ella llegaría y que de nuevo le echaría en cara que debía trabajar para él. Y que lo haría en silencio, en ese vacío en el aire que se adensaba cuando ella le ponía el plato de la cena. Y él sentiría crecer la ferocidad dentro...

La ceniza se desprendió de la colilla y la columna gris se deshizo sobre el parquet. Oyó al niño llorando en su habitación. Su primer impulso fue hacerle callar, pero estaba demasiado cansado para abandonar el sillón. Conectó la tele y la campaña electoral le hizo abandonar el mando y la intención de ver algo divertido. El hombre se dejó mecer por la somnolencia. Se dejó llevar a su infan-

cia, al pueblo, a las caras de los conocidos de antaño, el olor a chimeneas... Eso le despertó, algo se quemaba a sus pies. Alarmado se levantó rápidamente del sillón y el calor le golpeó. La alfombra ardía, la cortina ardía. Supo que quería salir de allí, le importaba poco que se quemara el salón, nunca le había gustado. Al mismo tiempo en la puerta sonó la llave. Ella entraría, casi muda, sin decirle nada, mirándole como a un torpe animal. Y él la odiaría por su silencio.

–¿Qué haces?, ¡apágalo!, ¡llama a los bomberos!, ¡muévete!...

La mujer golpeaba las cortinas con su chaqueta. En el suelo las manzanas se desparramaban escapadas de su bolsa. Un periódico, el que ella leía en el metro al regreso del trabajo, daba la noticia de nuevas víctimas en un país en guerra.

–¿Y el niño?... ¡¿Dónde está el niño?!

Él no contestó, pensaba si discutir o llamar a emergencias, si salir sin más o si coger su cartera. Vio que la madre corría dos puertas más allá. La vio desdibujada, entre vapores de llamas que brincaban ya por el mueble. Intuyó que entraba en la habitación del niño y fue detrás. Sabiendo que dentro estaban los dos, madre e hijo, cerró la puerta y ató el pomo con el asa del bolso de ella, luego lo extendió hacia el pomo de la puerta contigua. Ambas quedaron bloqueadas.

Cogió la cartera, el periódico y las llaves antes de salir. El humo le hizo toser. Sus ojos se resentían, escocían, lagrimeaban. El hombre abandonó la casa y tiró de la puerta, luego empezó a descender por la escalera. Otros vecinos gritaban asustados escapando del olor, salían a la calle. Algunos llevaban ya el pijama. No parecía importarles.

El hombre oyó, parado en la acera, la sirena de los bomberos. Todos miraban hacia arriba, a las ventanas de la casa el hombre. Entonces sintió un vahído y se dejó caer. Mientras le atendían en la ambulancia fue consciente de cómo le tomaban la tensión, miraban sus pupilas irritadas, controlaban sus constantes. Luego quiso dejar de saber quién era y empezó a responder a las preguntas de modo incoherente, dijo no acordarse de su nombre, ni de su familia, ni de su casa... Lo trasladaron a un hospital.

En el periódico del día siguiente aparecieron las iniciales de una madre y su hijo carbonizados sin que aún se supiera la causa del feroz incendio iniciado en su domicilio.

IN MEMORIAM MATRIS

La recogí en mi despacho, plegada sobre sí. Le costó hablar, parecía destilar palabras perdidas, aniquiladas en su esencia. Y yo, acostumbrado a resolver con frases contundentes las vacilaciones de los clientes, no supe qué hacer. Apenas me miraba, avergonzada, temerosa, apoyado el doblez de su cuerpo apenas en el borde de la silla.

Abandoné mi puesto tras la mesa y, sabiéndome a salvo de miradas curiosas, de murmuraciones que destacarían mi debilidad comercial, arrastré una silla junto a ella. Curvó su tronco hacia el lado contrario, como si mi convexidad la molestara. No avancé. Ni extendí una mano hacia su hombro. Cogí un bolígrafo, debía cubrir el ocio de mis dedos. Aquel no era mi papel, pero había salido de mí un momento, quería llegar a ella.

Recordé a mi madre, tierna, frágil, sufriente. Con un hilo de voz entendí que me decía que la perdonara, que no quería molestar, que no quería restarme tiempo. Me sonó extraño, restar tiempo. Yo pretendía pararlo más bien, donárselo a ella. Yo, donar, yo, acostumbrado a trabajar con el dinero y hacerlo crecer, yo, que no conocía el significado laboral de regalar, quería darle algo de mi tiempo.

Se retorció las manos igual que mi madre. Las tenía rojizas, descarnadas como su alma. Por un momento pensé “me engaña”, pero giró su cara hacia mí y noté los mismos surcos junto a su boca, las mismas cejas tratando de ocultar sus ojos. Entonces la toqué, apenas el roce de mis dedos en su hombro. Sentí que temblaba y respiraba deprisa. Entonces farfulló:

–Quiero una cuenta...

Y me desinflé. ¿Solo eso? ¿Tanto numerito para abrir una cuenta?

–...una cuenta donde esté yo sola, una cuenta secreta, que no lo sepa mi marido.

–Claro, no se preocupe. –Pude decirle, pero no lo hice, en cambio ofrecí:– ¿Quiere un poco de agua? –Aceptó con la cabeza.

Cuando regresé junto a ella ya habían brotado las lágrimas y se secaba con un pañuelo de papel.

- Perdone, he traído mi DNI.
- Tal vez eso no baste para resolver su problema –le dije.
- Ella meció la cabeza como si no entendiera.
- Una cuenta para usted no resuelve su vida.
- Es tiempo, cuando ahorre se arreglará todo.
- ¿Trabaja usted, señora?
- No, no, mi marido...no, no trabajo.
- ¿De dónde va a ahorrar lo suficiente para marcharse?
- ¿Marcharme?, ¿por qué piensa que quiero...?
- Si no es así no estará arreglando su vida.
- Por favor, ¿puede hacerlo?, quiero una cuenta mía, solo mía.

Se lo arreglé. Necesitaba tiempo para pensar y saber más. Con su marido tenía ya unos fondos y dos cuentas abiertas. Le di la libreta con una imposición de veinte euros nada más. Cambió su expresión al verla.

- Nadie se enterará, ¿verdad?

Le aseguré que no, que viniera a mí si necesitaba cualquier otra cosa. Ella se había puesto en pie y me habló de nuevo, ahora más segura.

- No solo huyendo se arreglan las cosas. Muchas gracias.

Salió de mi despacho dejándome la impresión de que una historia sórdida se iba a cerrar con otra similar.

Durante un tiempo no volvió, mejor dicho, yo no la vi. Comprobé que periódicamente había ingresos bajos pero regulares en su cuenta. Traté de coincidir con ella para preguntar por su vida. Llevaba en mi bolsillo un teléfono de ayuda, una dirección que me había preocupado de buscar, una salida. Pero no he vuelto a verla, no consigo encontrarla. Parece huirme para no tener testigos. Y mi conciencia me dice que debería hacer algo más, evitar un error, tal vez un crimen pagado con el dinero que yo guardaba para ella. Sobre todo, evitar que él lo supiera y el crimen se torciera sobre su cuello, como le ocurrió a mi madre.

AMALIA

Cuando al fin murió supo que quería escribir todo para no olvidar, se encerró en lo más oscuro de la casa y dejó que otoño tras otoño, cayeran las hojas del tiempo.

Había sucedido una y otra vez en la familia. Durante el tiempo que alcanzaba la memoria de los más viejos, jamás una primogénita había escapado a su destino. Amalia disfrutó de la niñez porque nunca le dijeron que detrás de los campos había mundo. Amaba tiernamente a Eulalia desde que nació. Ya con cinco años percibió la fragilidad de aquella hermana que sus padres le habían regalado y se dedicó a cuidarla. Hubo luego poca complicidad entre ellas, pero Amalia se ocupó de no dejar de sentirla cerca.

Echó de menos en la adolescencia tener amigas. Apenas alguna conocida con quien su madre la dejaba pasear y con quien no podía intimar porque sus alas se quebraban bajo el mandato materno. En cuanto podía acercársele alguien Amalia era requerida en la casa para colaborar. A veces un ataque de reumatismo, a veces fuertes jaquecas, obligaban a la hija mayor a encargarse de las faenas domésticas en detrimento de su vida privada.

Luego, ya joven, Amalia se echó novio, en secreto se veían, en secreto se amaban, en secreto proyectaron casarse, hasta que la madre se enteró. Amalia quedó encerrada en casa un año. Mientras Eulalia iba a la ciudad a estudiar. Era retraída, desconfiada, seria, y eso la libraba tal vez del rigor de la madre. Amalia se consumió en la compañía de los muebles y en la única salida semanal al mercado, con su madre al lado. Al año pudo salir a pasear con su hermana los domingos. Pero él ya no estaba.

Si Eulalia mostró predilección por los libros, Amalia pidió trabajar, sentirse útil para algo que no fuera sólo arreglar la casa. Pero su madre impidió entrevistas de trabajo y volvió a cerrarle la puerta al mundo. Amalia se dedicó a bordar: docenas de paños con preciosas figuras sombreadas, letras anónimas bordeando las telas, flores de distintos continentes. Logró hacer una pequeña

exposición en la Casa de la Cultura. De un taller le ofrecieron trabajos esporádicos y, a pesar de su madre, los aceptó.

Pero con todo, Amalia no había perdido la esperanza, lloraba de noche y mantenía las formas por el día. Poco a poco fue descubriendo su don. Un día fue un diminuto pájaro sacado de una revista de ciencias. Poco después lo vio revoloteando por la ventana de su habitación. Luego bordó en un pañuelo el nombre de Ivana, porque sí, porque le había gustado. Y una prima lejana con la que hablaban una vez al año les anunció que sería madre después de tres abortos y que su hija llevaría ese nombre porque lo había soñado. Amalia a nadie había hablado del pañuelo. Entonces probó a bordar un tilo. Semanas después de acabar, el Ayuntamiento bordeó el parque con ellos. Nadie supo por qué el responsable de parques y jardines había sentido el impulso de seleccionarlos para ello. Cada bordado que acababa se materializaba en alguien, en algo.

Al principio Amalia se alegraba en secreto de esas coincidencias, luego habló con su hermana sospechando que había algo más detrás de sus bordados. Eulalia se rió. Amalia siguió bordando sin dar importancia a lo que hacía. Pequeños objetos revivían desde los hilos hasta la realidad. Un retrato de alguien desconocido que de pronto aparecía, idéntico, en un camafeo que su madre guardaba. Un riachuelo desbordado entre peñascos que al día siguiente de ser terminado aparecía en la pantalla de la televisión. Un bebé sonriente que al poco encontraban en la calle en brazos de una antigua vecina.

Amalia sintió miedo y soledad. Estaba ella sola con aquel poder del que no sabía a dónde la llevaría, ni si la llevaría a algún sitio, sin confiárselo a nadie. Si su madre se llegara a enterar le prohibiría volver a bordar.

Eulalia no quería saber nada de aquello. Carecía de amigos capaces de entenderla. Entonces trazó el diseño de su futuro. Era un pedazo de tela grande, de trama bien clara, donde los hilos y sus colores resaltarían definidos y poderosos. Dedicó muchas horas de la noche a enhebrar los giros que iban de un lado a otro del tejido, desde su pasado a su futuro, una y otra vez, alternando distintos tonos, logrando sensaciones de brillo inimaginables. Era su consuelo secreto, la felicidad imbricada junto a sus lágrimas y sus sueños. La vida que ella se estaba labrando quedaba allí prendida, como en un cuento de hadas.

Después de bastantes meses Amalia conoció a Raúl. Fue en las fiestas a las que acompañó a su hermana, que por entonces empezaba a enamorarse de quien sería su marido con el tiempo. Raúl se acercó tímido pero constante varias noches. Luego se hizo el encontradizo algunos días cuando ella iba al mercado o cuando salía a dar una vuelta con su madre algún atardecer veraniego. La familia se opuso. El padre declaró que era muy mayor para ella. La madre lo vetó tajantemente. Eulalia insistió en que no le gustaba nada para su hermana.

Empezaron a salir algunas tardes. Él la llenaba de detalles, ella se dejaba querer y comenzó a quererle también. Y a defenderle en su casa. Raúl quiso llevarla a su pueblo, a conocer a su hermana y a sus padres, muy mayores ya. Amalia aceptó con el riesgo de que su madre no la dejara entrar en casa a la vuelta. Pero entró. Y regresó con más esperanza, convencida de que ese sería el hombre que cambiaría su vida. Al año se sentía muy unida a él, deseando poder vivir juntos, sin atreverse, en cambio, a escapar de su casa y romper con su familia. Raúl, que había aguardado, paciente, empezó a marcar los modos de Amalia. Su ropa, los sitios donde ir, sus amigos, el tiempo que le dedicaba. Exigió ir más a menudo a ver a sus padres. La obligaba a esperar callada sus retrasos. Amalia le discutía al principio, luego sintió miedo de perder también su rendija de luz y aprendió a callar.

Después de ver casada a su hermana y de aguardar algún milagro, Amalia escapó con él. En casa la insultaron, la amenazaron, pero no le suplicaron. Ella ya no escuchaba más que a Raúl. Allí, en el pueblo, ella se encargó de velar por los padres de Raúl, de limpiar su casa, de esperarlo sólo a él, de obedecer. Y cuando sintió que aquello no era una liberación, sino una trampa, supo que había cometido un error del que no sería fácil salir. Raúl recriminaba sus quejas, sus peticiones de cariño y compañía, abandonaba el día entero la casa, dejando en ella a una mujer consumida por su fracaso y su autoengaño. Amalia sabía que no podía volver a casa de sus padres, que su hermana tampoco la recibiría, que los amigos no la habían arrojado a los brazos de aquel hombre y que ella sola tendría que resolverlo.

En silencio ya, sin reclamar lo que el sentimiento pedía, Amalia empezó a negarse. Abandonó el cuidado de su aspecto. Abandonó sus escasos place-

res. Abandonó su cuerpo. Cayó. Raúl tarde, ya muy tarde, la acusó de no cuidarle, de estúpida y de desecho. Amalia ya no oía, sólo sentía porque eso no había podido evitarlo. Cuando Eulalia se enteró por boca de conocidos fue a por ella. La arrancó de aquella casa y la ingresó. En el hospital expresaron escasas esperanzas de curación. Amalia se dejaba hacer, no protestó, no pidió. Le llevaron su caja de bordados, pero ella no la abrió.

Salió del hospital después de mucho tiempo. Sus padres prepararon su habitación y Amalia se dejó depositar en ella. Miraba por la ventana largas horas, parecía medir los vaivenes de las ramas cercanas. Casi no hablaba, respondía brevemente y de ella no salió nunca una pregunta, un deseo, una frase personal. La habían salvado aparentemente, pero su cuerpo estaba seriamente desgastado, y su alma había muerto tiempo atrás.

Cuando al fin murió supo que quería escribir todo para no olvidar, se encerró en lo más oscuro de la casa y dejó que otoño tras otoño, cayeran las hojas del tiempo. Cuando enterraron su cuerpo Eulalia extendió los antiguos bordados de su hermana. El último aún no tenía acabados los remates del reverso. Representaba la figura de un hombre que tendía al frente un ramo de flores. El hombre era tremendamente similar a Raúl, las flores eran, sin embargo, idénticas a las que alguien depositó sobre la tumba de Amalia al día siguiente del entierro.

MEDIOCRIDAD

Que Dios le da pañuelo a quien no tiene mocos es cosa bien sabida por todos, pero llegar a ciertos extremos sólo se da en algunos casos.

Jaime del Olmo Esteban nunca había sido agraciado a pesar de los esfuerzos de su madre por ver en él alguna gracia. Nunca había destacado por su inteligencia, ni por su salero, ni por su altura exagerada, al menos. No, él nunca había destacado, así, llanamente, sin adjetivos. Su vulgaridad no llegaba a ser ofensiva, cierto, pero si alguna cualidad hubiera podido ser detectada en él, al menos sería recordado por algo. Ni sus compañeros en el colegio, ni sus familiares menos cercanos, ni sus jefes, ni sus vecinos hubieran podido nunca hablar de él sin hacer un esfuerzo de concentración.

Pero lo que nos obliga a hablar de Jaime, que ni mote tuvo nunca, fue aquella carta certificada que recibió una tarde de mayo, que ni era fresquita ni tenía caballo por ningún sitio como dice la coplilla que cantaban antes las niñas. La carta le sorprendió porque nunca había recibido ninguna comunicación en mano, nunca había tenido que firmar así, tan de sopetón, y nunca un cartero le había mirado a la cara como aquel funcionario que se la entregó.

Se sentó para leerla porque realmente notaba un palpito desconocido en el pecho. Resumiéndola en pocas palabras, lo que en ella le comunicaban era el fallecimiento de un tío paterno, que nunca debió de conocer la existencia física de Jaime, y, lo que viene al caso, la herencia que a él le correspondía recibir a falta de herederos más cercanos. Nuestro protagonista, que aún no nos da pie a saber por qué protagoniza esta historia, leyó la carta dos veces más. El membrete del despacho de abogados saltaba a su vista queriendo hacerse notar, pero a pesar de ello Jaime no lo halló sino quince minutos después, cuando, agotado de pensar qué hacer con aquello, volvió a pasar sus ojos sobre el papel y encontró dirección y teléfono, y este último acabó de disipar sus dudas.

No podemos decir cómo logró concertar una visita al despacho de los albaceas, porque dentro de su mediocridad no nos ha quedado constancia. Pero sí conocemos que después de dejarse llevar y traer por oficinas, delega-

ciones de hacienda, registros, y similares, Jaime del Olmo Esteban recibió una carpeta de documentos y tres llaves, como en un concurso de la televisión.

Afortunadamente alguien tuvo la precaución de escribirle en un sitio muy clarito del primer papel de la carpeta una dirección. Y es que siempre hay gente buena por el mundo. Y allá que tenemos a nuestro personaje ubicándose frente a un enorme palacete en una de las calles más emblemáticas de esta ciudad nuestra. Dicho palacete destacaba por su jardín poblado de una salvaje voracidad fotosintética y poco más, porque de las paredes poco podía divisarse a simple vista.

Si Jaime nunca destacó por nada, esto nos incluye que de niño ni siquiera sentía miedo en las situaciones que corrientemente hacer perder a los más pequeños la compostura y a los más mayores algo de sudor corporal, que no lo conozco de otra clase. Esto sirvió para que no tuviera prevención ninguna en atravesar la selva y acercarse a la supuesta puerta principal, disimulada malamente tras tablonces pintarrajeados por donde los resquicios de la carcoma y la humedad ya tenían propiedades amplias. Arrancó una de las tablas y halló la cerradura, tampoco esto era demasiado difícil. Y cuando tomó posesión de su nueva propiedad empezaron los problemas. Aquí es cuando Jaime del Olmo Esteban adquiere consistencia. Relatar su paseo por el interior no es interesante, contar que las siguientes dos semanas se pasaron entre pensamientos perdidos y sueños de lechera, tampoco lo es. Pero lo que sí es digna de mención es la sorpresa de nuestro personaje cuando los mismos albaceas testamentarios le comunicaron, esta vez vía telefónica, que había surgido un problema de dimensiones considerables: alguien reclamaba la herencia alegando una cercanía mayor al difunto tío rico.

Si alguna vez en la vida todos sentimos un arranque valiente y alocado, aquel día el momento le llegó a Jaime. Fue capaz hasta de responder por el auricular que de ninguna manera, que aquello era suyo y que ningún ladrón o mentiroso, o lo que fuera, podría arrebatárselo. Le dejaron hablar, por educación seguramente, y acto seguido le invitaron con cortesía a contar con los servicios del despacho que con tanto desvelo había llevado el caso hasta la fecha. Ahí ya decayó el impulso de Jaime. Y como decayó se dejó convencer.

Sin esperárselo conoció a Fulgencio Esteban Sanz. Y sin saber cómo, se vio empujado a una clínica privada para que le extrajeran una muestra y conocer así su ADN. En el fondo esto último le hizo ilusión, porque él pensó durante mucho tiempo que carecía de eso, pero allí le dijo una señorita sonriéndole que sí, que todos teníamos y que era algo muy interesante. Jaime se imaginó de todo con relación a sus ancestros, hasta les puso cara pensando que así no se sorprendería cuando le dieran la fotografía familiar. Y en este embebecimiento llegaron los resultados y resultó ser hijo de quienes le habían dicho siempre. En ese momento se decepcionó secretamente.

Pero resultó que el tal Fulgencio también era de la familia y Jaime no supo si recibirle entre sus brazos e invitarle a comer o mirarle con odio si se encontraba con él para demostrarle su desacuerdo, que es lo que la gente hace en estos casos.

Mientras tanto el palacete estaba ahí muerto de risa. Y es que Jaime, que estaba deseando barrer sus salas para ver de qué color era el suelo, no se atrevía a iniciar su obra de desescombros por si luego encima le ahorra trabajo al otro candidato. Sus abogados le dijeron que estaba el tema difícil, que haría falta pedir informes sobre el fallecido y sobre el contrario y eso evidentemente saldría del bolsillo del cliente, es decir, del de Jaime. Como ya ni se reconocía por aquello del arrojito que no parecía ser de él, les respondió afirmativamente y siguió desembolsando de lo que tenía ahorrado. Una voz interior, que debía de estar muy adentro porque nunca la había oído, le dijo que aquello era como invertir en bolsa: hay un gasto inicial pero si la empresa sale bien, al final hay beneficios. Y se dispuso a soñar.

Por casualidad se encontró con su rival en uno de los pasillos del ayuntamiento donde ambos habían ido a recoger una documentación que nosotros ignoramos porque Jaime nunca hubiera podido responder a nuestra curiosidad. Cómo se reconocieron es algo inexplicable, tal vez cierto parecido mediocre que era evidente en ambos, tal vez porque se acercaron los dos a la misma ventanilla y uno oyó el nombre del otro, o porque el destino así lo tenía previsto, que queda más novelesco. El hecho es que allí se miraron los dos hombres y suponemos que ninguno se atrevió a dar el primer paso y tender la mano. Jaime esperó un aguijonazo del azar y del tal Fulgencio no sabemos, porque

no le hemos conocido hasta ahora. Pero el destino no reservaba nada aquel día para ellos y se separaron sin hablarse ni hacer más gesto que el necesario para seguir cada uno por su camino. Jaime ni recordó lo de la invitación ni lo del odio prometido.

El abogado que más cerca estaba del conflicto legal le informó de que la ley concedía la herencia al familiar más cercano en primer lugar. Como esto no quedaba claro, porque la cercanía era similar en ambos, el segundo motivo de decantación era la edad, de modo que el beneficiario siempre sería el que hubiera nacido antes y esto le daba la razón a su primo lejanísimo, tres años mayor que él. Aquí Jaime se derrumbó un poquito.

El palacete se difuminó en su mente y nuestro personaje se sintió aún más borroso que de costumbre. Había llegado al punto de imaginar el modelo de invitación que usaría para sus fiestas sociales, a las que todo el mundo iría porque daría prestigio celebrar un baile en el salón grande del palacio. Jaime se había convencido de que sólo mencionar el nombre de su nuevo domicilio le daría cierto grado de presencia entre sus compañeros de oficina. Aunque ciertamente este punto era más complicado, no tendría oportunidad de presumir ante ellos porque nunca coincidía ni en los servicios ni en la cafetería, ni en el ascensor. La realidad era que, aún frecuentando él estos lugares como hacían los demás, ellos nunca percibían el espacio físico que ocupaba Jaime.

Con todo esto pareció encoger medio centímetro en los días siguientes y se le hubiera podido ver algo triste si alguien le hubiera mirado. Afortunadamente a nadie tuvo que dar explicaciones.

Pero, como el dinero lo puede casi todo, resultó que sus abogados, que se llevarían un plus sobre los honorarios en caso de ganar, continuaron investigando sobre aquel familiar aparecido al calor de la herencia. Hallaron que había tenido un pequeño conflicto con el registro civil. Y por lo que pudo entender Jaime no se trataba del auténtico Fulgencio Esteban Sanz, sino de Casimiro Esteban Sanz, hermano del anterior como puede apreciarse, pero seis años menor. Este último había suplantado la personalidad de Fulgencio basándose en un parecido asombroso y, sobre todo, en que su hermano, el auténtico Fulgencio, había desaparecido ya de este mundo en un desgraciado accidente de

tráfico del que él, Casimiro, había salido ileso. Ya en el hospital dijo llamarse Fulgencio. Y Fulgencio por aquí, Fulgencio por allá, con Fulgencio se quedó. Con el nombre y con las cuentas bancarias de su hermano que eran más gordas. Le descubrieron en la propia entidad financiera dos años después. Cambió de ciudad, trasladó las cuentas que él se había encargado de ir transfiriendo a la que tenía con su nombre, vendió propiedades como Casimiro, las compró como Fulgencio y a vivir que son dos días.

No se enteró de todo Jaime, pero se quedó con la copla de que el palacete volvía a ser suyo y pidió que, antes de que apareciera algún primo, aunque fuera poco primo, le fueran preparando las escrituras definitivas. Aunque se lo negaron porque faltaba tiempo para que este término legal pudiera ocurrir, él se quedó más tranquilo haciendo planes con su palacete y sin perder el hilo de su mediocridad.

RETROSPECCIÓN

Está ahí, de pie, mirando al monstruo de metal que lo engullirá en cuanto que los empleados, sonrientes, eficaces, le den paso. Cuando Ramiro era joven miraba a los trenes como a compañeros enormes que respiraban fatigosamente, humildes casi en su pesadez de toneladas.

Siente frío mientras la cola avanza. Tal vez el frío sea el de sus propios huesos, desgastados ya por el péndulo de los años. El andén está silencioso, reverente. Entrega el pliego que contiene el billete y entonces se ve desvalido, caminando a lo largo del tren, buscando el número de vagón en su flanco: eso no ha cambiado. Le molesta la pierna, pero es así siempre. Casi nada dura siempre, pero su dolor sí. Es su inquilino feroz al que no puede expulsar. Él recordaba los andenes llenos de gente, de maletas que estorbaban, de niños controlados por las manos de sus adultos correspondientes, de lágrimas y recomendaciones repetidas ya desde casa...

Ahora nadie despide a nadie. Siente la soledad de los demás como propia, asumida, porque a él nadie irá esa mañana a despedirle, ¡tantos han quedado ya atrás, devorados por el tren que no vuelve nunca...! Encuentra el número de su vagón. Le cuesta subir, antes permite que una mujer, joven, masculinamente elegante, le preceda. Tras ella, ajeno a la ceremonia de ascender al vientre del gigante, un hombre, mediana edad, algo grueso, que lo mira sin entender tal vez que Ramiro también quiere subir, sin ofrecer un gesto de ayuda, sin contemplaciones y que se encarama con forzada agilidad. Por fin él también sube, le cuesta el primer peldaño, alto, frío, como todo lo demás menos la locomotora, que ya ni es locomotora, aquel corazón candente y oscuro que tiznaba el paisaje... Después de un collage de imágenes que parecen adherirse a su recuerdo, Ramiro se ha sentado. Nada que ver con aquellos asientos de skay, duros y rígidos, que martirizaban el viaje.

Suspira brevemente satisfecho. Ya no hay vuelta atrás, ¿o sí? Irá a esa cita en la que el especialista le dirá que lo de la pierna se extenderá, como a su padre y a sus tíos, por toda su vida, ya breve vida, devorando relojes y foto-

grafías que se borrarán con él. Aún puede levantarse y bajar de allí, volver a su casa, apenas suficiente para protegerle del abandono. Pero es tan cálido aquel vagón..., hasta el cabezal le ha recibido maternalmente. Tiene los ojos cerrados cuando una voz dulcorada aunque profesional de mujer habla, avanza, instruye. Casi instantáneamente un vaivén de escala uno, imperceptible a los cuerpos que aún se mueven, desliza al tren sobre su vía. Y él redescubre el placer de dejarse llevar. Suspira y saborea su propia lengua palpando con ella el último café de la mañana, café solo, descafeinado, porque el otro, el de verdad, ya no toma. Antes, con su compañera, con su amiga, con su esposa, con su Amalia, tomaba café con leche y un trocito de bizcocho casero que era su especialidad. Entonces se sentaba diez, quince minutos, acompañados por el otro, aunque luego hubiera que correr un poco más para no llegar tarde a la oficina. El café de allí era oscuro, pero de sabor transparente, nada que ver... A veces, cuando viajaban al pueblo en ese tren de vaivenes laterales, donde había que levantar un poco más la voz para entenderse, Amalia llevaba un termo con café y unos trozos de bizcocho, siempre más de dos, por si a algún otro compañero de viaje le apetecía... así era ella.

–Buenos días, disculpe.

Ramiro ha de levantarse para dejar pasar al compañero. Trae una maleta y un maletín, y un abrigo y una bolsa de papel con asas de cordón, cuidadosamente asida. Su pequeña maleta ya reposaba en el fondo del portaequipajes, tímida como una niña que aún ha salido poco. Ve cómo el hombre la desplaza para dar cabida a lo suyo, lo hace irreverente, seguro que sin saber que el anciano lleva allí lo poco de valor que tiene: sus fotos para mirarlas y volverlas a mirar en esos días de médicos y pruebas y desesperanzas. El compañero se ha sentado al fin, aún está agitado, ha debido de correr para llegar en el último minuto y acceder al tren que no aguarda, que no retrasa, como el tiempo fuera de los relojes. No sabe si sentirse molesto por la alteración o asombrado por la naturalidad del recién llegado en sus movimientos. Le ve sacar del maletín, que no ha colocado en el compartimento sobre ellos, un móvil que comprueba, unos papeles que recoloca, un periódico que abandona en el bolsillo adosado al asiento delantero, un chicle que se introduce en la boca y un librito de esos de números y cuadrados con un bolígrafo enganchado a él y que

lo entretendrá en los próximos minutos. Y mientras piensa que es mejor dejarse sorprender, siente la seguridad de que ese será su penúltimo viaje, porque el último le espera a la vuelta de la estación. Entonces cierra los ojos y se deja mecer disfrutando del paisaje interior.

PÁTINA DE OBEDIENCIA

Con la fuerza medida en el uso habitual, la suficiente para no obtener respuesta, con el justo equilibrio de lo que va a ser repetido y nunca es el final. Contundencia para que no quepa la duda, contención para no marcar en exceso. Qué buenos resultados. Qué pátina de obediencia y humildad. Qué labor de día a día. El éxito doméstico radicaba ahí, en ese secreto freno a la impulsiva juventud que tanto le había atraído de ella. A menudo se desbocaba y hería su orgullo de hombre, lo hacía riendo los chistes de otros, sonriendo abiertamente, casi provocativa, vistiendo para mostrar su cuerpo, no para taparlo. Pero a él le gustaba tanto que supo al tercer encuentro que la quería suya y que tendría que domesticarla, como a un animalillo sin control, él marcaría sus cauces. Apenas si recordaba ya aquellos primeros años. A cambio de su docilidad él la dejaba satisfecha, no podía ser de otra forma, no podía ser otro el dueño de aquel ser tan débil y necesitado de guía y de autoridad. Sí, había sido un logro apartarla de aquellos amigos tan inconvenientes en su vida, de casi toda aquella familia tan consentidora, tan ridícula en sus efusiones, tan poco adecuada a sus expectativas sociales. Esa familia a la que no iba a llamar, porque seguramente los médicos saldrían a decirle que podía llevársela. Aquello sólo era un incidente, si no hubiera salido corriendo no hubiera caído rodando dos pisos, y menos con aquella barriga. Se había puesto nerviosa y no había obedecido, debió cerrar la puerta con llave porque ella era irreflexiva. Pero saldrían pronto y se llevaría a casa a su mujer y a su hija para la que ya había pensado nombre y destino...

CONFESIÓN EN LA CALLE

—¿Qué quiere que le diga?, ¿que yo tenía una casa?, pues ya se lo imagina. Si usted quisiera saber para evitar que luego estas cosas no se repitiesen... pero usted va detrás del morbo... ya. Por ayudarme. Si yo ya estoy ayudado... mire, será mejor que se lo resuma y se vaya a pensarlo. Lo mío le puede pasar a cualquiera... Claro que tenía una casa y una familia. Y un trabajo. Ya da igual dónde estuvo todo eso. Llevaba el sueldo a casa, vestía, comíamos, yo y los míos, se entiende. Ahora no viene una historia de juego o de drogas, como algunos compañeros de la calle... ya no me avergüenza confesar que me fui por mi mujer. Ella me maltrataba... siempre mandó. Yo ponía el dinero, pero las decisiones las tomaba ella. ¡Al principio era hasta cómodo! Error o acierto, eran su responsabilidad. Pero dejó de ser así. Los errores me los echaba a mí, como un lastre. Y no se recataba de hacerlo en público, no, delante de cualquiera me culpaba de lo malo que pudiera ocurrir. Algunos se sonreían, yo suponía que entendían el juego, pero poco a poco yo fui convirtiéndome en el “desgraciao” que todo lo hacía mal. Mis amigos, los pocos que me quedaron después de casarme, empezaron a no querer nada conmigo. Evidentemente yo ya no era divertido, mis contactos se limitaban a un aperitivo los domingos y con ella delante. Se cansaron. El fútbol se terminó cuando acabó la temporada del año de mi boda. Dejamos de salir cuando nació la niña. Porque yo tengo una hija... mi hija... mi hija... Mi vida se limitaba a trabajar y a ver la televisión. Engordé y pensé que eso era la vida del padre de familia. La felicidad doméstica consistía en que a uno todo se lo den hecho y le dejen gastar butacón frente al televisor las horas que no está trabajando. Porque ni con mi hija me dejaba jugar, que yo llegaba tarde y la niña estaba durmiendo, que conmigo lloraba, luego que tenía que hacer deberes... Me contenté con poder leerle algún cuento y con que me diera un beso de buenas noches, la vida se resolvía entre ellas. Me querían, eso sí. Si enfermaba me cuidaban y nunca me faltó la comida ni la ropa dispuesta. Pero ahora veo que era como un llavero que no hay que perder porque si no, no entras en casa. De pronto, con los

años ni mi hija me daba la razón, ni me consultaba nada. Entre su madre y ella hacían y deshacían. Eran las dos iguales. Entonces empezó el otro maltrato, el físico. Cuando llegaba algo más tarde de lo habitual por cualquier motivo, ella me golpeaba. Cuando en cierta ocasión rompí no sé qué figurita, lo hizo también. Mi hija me chillaba, mi mujer me insultaba llamándome inútil, vago, impotente... no sé si ella sabía que mis fallos en la cama se debían a su exigencia, a su presión constante sobre mi vida. Yo lo intuía, pero no podía hablarlo. Fui al médico en secreto. Temía la reacción de ella en mitad de la noche cuando no se sentía satisfecha. Me mandó vitaminas y tranquilidad. A escondidas me las tomé. Pero de nada sirvió. Hasta mi hija entró en el problema y se sumó a las increpaciones de su madre. Creo que caí en depresión, pero nada dije. Me sentía mal incluso físicamente. El trabajo me daba igual, respondía mecánicamente, y aprovechaba el baño para llorar. Porque lloré, y mucho. De dolor, de fracaso y de vergüenza de lo que vivía. Para qué contarle más detalles del infierno... Un día mi hija empezó a trabajar y me cegué. O me iluminé. Hice una transferencia bancaria a una ONG cualquiera con todo lo que tenía en la cuenta, cogí cuatro cosas en una maleta y con lo que tenía en la cartera me fui. Anduve por pensiones lejos de casa, al otro lado del país, durante unos días. Luego viajé en camiones a cambio de ayudar a descargar en mercados. Enfermé y me curé solo, comí en albergues de caridad y cuando nada más pude hacer cogí este carro que ve, revolví en los cubos, me hice con ropa de invierno... de esto hace ya cuatro años. Ahora la calle me sirve de familia, ya nadie me insulta porque nunca voy borracho, nunca estorbo, nunca robo, me lavo cuando puedo y como lo que encuentro o lo que me dan. Soy libre y soy yo mismo. Leo mucho lo que encuentro por ahí. No sabe usted la de cosas que tira la gente, colecciones enteras, a veces, de libros. Y viajo. La vida en la calle me trata mejor que mi mujer en casa. No sé de ellas, ni quiero saber, no sea que me entere de que tienen necesidad y corra a ayudarlas. Soy así. Calzonazos, dirían de mí. Yo me río de ellos. Ya ve... Convivo con la vida y ella, algunos días, incluso me trata bien. ¿Qué quiere que le diga?

¡QUIÉN IBA A SABER!

–¡Que algunos de vosotros, so pasmados, lo registren! ¡Y los demás subid a por el papel de la impresora, esto tiene que salir, coño!

Yo era uno de esos pasmados. Pero, la verdad, me parecía que todo se nos había ido de las manos. Por una gilipollez estábamos metidos en una movida impresionante. No reaccioné hasta que el “Ojoquebrao” me dio un empujón y me incliné sobre los cajones del escritorio. Nunca había estado de ese lado de la mesa. Era una sensación curiosa, un enfoque distinto de aquel despacho que tan grande resultaba desde la puerta y tan pequeño quedaba desde aquel ángulo, tras el poder, supongo.

Ni sé realmente por qué empezó todo. Nunca me había relacionado con chavales como aquellos, pero el cambio de “insti”, el llegar a mitad de curso, el encontrarme los grupos hechos, me obligó a acercarme a lo más fácil.

En casa me dijeron que no les gustaban pero fue suficiente para que yo me integrara más con ellos. ¡Buenas estaban las cosas con mi padre! Él quería las cosas por sus cojones y yo no iba a ser menos. Empecé a moverme con ellos. Aprendí rápido, soy un tío listo y no tienen que explicarme mucho las cosas.

El “Palio” y su hermano Vicen me acogieron como nadie. Nos hicimos inseparables. Las juergas de los fines de semana eran la hostia y mi padre cada vez más jodido. Todo de puta madre.

Pero la semana pasada dieron las notas de evaluación ¡Demasiado! Casi sin quererlo había sacado todas menos tres. El tutor habló con mi madre, que si la adaptación, que si los nuevos profes y compañeros, ¡qué sé yo! Lo que le contase casi ni me importaba. Por esos días el “Palio” y Vicen estaban a punto de expulsión.

Me enteré de que sería ya el tercer centro del que los expulsarían y el conflicto familiar estaba servido. ¡Joder!, me asusté, no por mí, vamos a entendernos, por ellos, porque el “Palio” era más fuerte, pero su hermano se cagaba en cuanto su padre levantaba la voz.

Luego se pillaba unas “depres” muy raras.

Ayer mismo me llamaron y me citaron en la puerta del “insti”, era ya tarde, mi madre se empezaba a oponer, pero le dije que sólo iba a por unos apuntes para pasarlos el fin de semana y preparar la recuperación. Se lo tragó, mi madre siempre me ha creído. Últimamente pienso que debería ser más precavida, demasiado inocente. No sé si me da pena...

Cuando llegué estaban ellos dos y cuatro chavales más, Óscar el vasco, López Ayuso, del que nadie conoce su nombre, debe de ser feo a rabiar, Josemari el enano y el “Ojoquebrao”, al que yo había preferido no acercarme demasiado.

Todos sabían que llevaba navaja escondida y su relación con los tripis era estrecha.

De verdad que no pensé hasta dónde íbamos a llegar. No sé cómo, ni quiero saberlo, Óscar el vasco abrió la reja, y luego la puerta acristalada y luego la conserjería, después el despacho del director y la sala de profesores. En algún momento pensé en una broma, una cámara oculta, la tela, ¡yo qué sé! ¡Joder. Quién iba a saber...!

–Venga tíos, hay que encender este cacharro.

El “Palio” daba golpes secos sobre el monitor del ordenador mientras miraba a los demás; López Ayuso se adelantó, era calmoso el chaval y tal vez por eso logró arrancarlo. No conocíamos la clave de acceso. Alguien dijo que podía estar en el fichero, Óscar ya lo había abierto y se entretenía en mirar las fotos de los Libros de Escolaridad.

Al oír lo de la clave de acceso me di cuenta del marrón, me subió algo de la boca del estómago pero disimulé, ¿cómo salir de esa sin quedar mal? ¡Joder, me cagué! Todo podía liarse, se complicaría al menor error y lo peor, aún yo no sabía qué pretendían aquellos delincuentes. Recordé que los últimos minutos habían sido un delito continuo, pero el tema se agravaba, ¿existe el robo informático? Juro que no lo sé, pero aquello me olía mal.

–¡Que alguno de vosotros, so pasmados, lo registren! ¡y los demás subid a por el papel de la impresora, esto tiene que salir, coño!

No encontré nada interesante en la mesa, algunas cosas requisadas a compañeros idiotas que se dejan pillar, cartas de la Consejería de Educación y otros papeles que no me apetecía identificar. Alguna vez pensé que la mesa de un director sería más interesante, pero aquella al menos me decepcionó. ¡Qué

vida! Resultaba que un tío importante como él no tenía nada secreto ni atractivo que esconder, al menos allí. ¡Todo fachada! Como mi padre.

–¡Qué cabrón eres! ¿A qué esperas para coger el sello, imbécil? –me hablaba a mí el “Ojoquebrao”.

–Tío, dime qué notas cambio –López Ayuso seguía allí sentado, frente al ordenador, tranquilo como un fraile.

Vicen le pasó un papel arrugado. Josemari, el “enano”, empezó a llamarnos sobresaltándonos.

–¡Colegas, colegas! Me cagüenlaleche, ¡la poli!

–¡No jodas! –“Ojoquebrao” ya había sacado la famosa navaja, quince centímetros brillantes que captaron mi atención– ¿Qué miras? –me dijo– ¿quieres pringarla?

–¡Callaos, coño!

La voz imperiosa del “Palio” hizo efecto. El silencio nos dejó oír las puertas de los coches patrulla, tres o cuatro, que se cerraban. ¡Joder, yo no tenía que estar allí! ¡aquello no era asunto mío!

El “enano” se escondió, el muy hijo puta, nos dejó a los demás allí para dar la cara. Juro que estaba con nosotros. No me acuerdo muy bien de lo que pasó, recuerdo linternas que se movían por conserjería y que de pronto se iluminó todo. Dejaron de oírse voces y pasos, cuando, al menos yo, empezaba a respirar sentado en el sillón del director, fue cuando abrieron la puerta y vi las pistolas. Vi la navaja y un destello, dos cuerpos en el suelo y un tiro. Entonces cayó yeso del techo, y se abrió el infierno, gritos, voces de “alto”, sillas caídas, un cristal roto allá fuera, parecía que por el pasillo, no sé qué más contarles. Yo noté un golpe y no recuerdo más. Lo último que sé es que el aire olía a pólvora y que quise estar con mi madre. Piensen lo que quieran, pero ¡joder! A cualquiera le hubiera pasado lo mismo.

No me quieren decir qué ha pasado con los demás, no sé qué tiene de malo saberlo. Total, saldré pronto de este hospital. El médico dice que unas horas en observación. Me duele la cabeza y he hablado ya bastante.

Ustedes no entienden lo que es tener quince años y un padre cabrón que no habla ni razona. Yo siempre he sido un cobarde. La situación ha cambiado. Yo no he hecho nada, sólo los acompañé, pero ni sabía a lo que iba.

Todo ha sido una guilipollez, el miedo de Vicen y el “Palio” a su padre. ¿Ven? Los colegas estamos para lo que haga falta ¿no? ¿No lo hacen también ustedes? Lo que no entiendo es por qué me dispararon. No íbamos armados. Mi madre algo me ha dicho, pero como no la dejan estar aquí no se puede explicar. Dice que yo tenía un arma, pero yo nunca he tenido nada de eso, lo juro. Ni de pequeño las usaba, mi madre no quería y mi padre no entendía otro juego que el fútbol.

Les aseguro que soy el más inocente de todos. Que yo sólo estaba cotilleando en los cajones y ustedes dicen que yo iba armado. ¿Me dicen de dónde saco yo una pistola? Mi madre me cree, pregúntele a ella. Nunca miente. Yo sólo miraba las cosas requisadas a los alumnos, una caja de preservativos, chuletas, un bolígrafo láser, unas cartas guarras, una pistola de plástico... ¡joder!, ¡qué cagada!, ¡joder, joder...!

EL TREN PARTIÓ...

El tren partió antes de lo previsto. Entonces se relajó. El andén se escurría sin que ella girase la cabeza. No quería ver. El miedo subía por su garganta hasta instalarse en sus labios apretados con fuerza. De pronto el campo se desplegó tras la ventana y ella suspiró. La libertad se abría paso en su mente. Él no había llegado a la estación. Rezó sin palabras, no recordaba frases, pero rezó agradeciendo el adelanto en el reloj.

Atrás quedaba ese sabor a odio y miseria. Ese túnel de vicio y amargura. Dentro se despertaba algo dormido, latente, deseoso de vivir: el futuro tal vez, la vida. El vagón olía a limpio, la temperatura era la justa y el silencio de los viajeros se solidarizaba con el cansancio que sintió de pronto. Se durmió. Fue un sueño tranquilo. El reposo del guerrero que, lejos del campo de batalla, se refugia en su paz.

La tierra se desdibujaba tras el cristal aislante y limpio. Al despertar contempló, sin verlos, las lomas lejanas, los árboles veloces, los hilos humanos que conectaban proyectos. Tras el nuevo paisaje, el recuerdo de la violencia, el sabor del abuso y un regusto salado a lágrimas por verter.

Frente a ella un hombre joven, un rostro iluminado por la pantalla de un ordenador portátil, una frente plegada en mil negocios, éxitos y derrotas. Le contempló ensimismada. Traje, corbata, como en las bodas en el pueblo. Zapatos limpios, de ciudad, de asfalto y alfombras. Un anillo de casado en la mano izquierda, tal vez sólo compromiso, tal vez no I entrase en la derecha, tal vez olvidado de una mujer lejana. Bajó la vista, ¿y si sus pensamientos la delataban? Sonó el teléfono del hombre. Era un pitido persistente, desagradable. Lacónico y molesto, cortó pronto. Apenas una hora y una confirmación. Ella pensó que podría seguir mirándole. Un viaje entero, sólo una secuencia de película, pero no importaba. Borraba el pasado, rompía dolores y humillaciones. La frialdad de aquel compañero la invadió. Tal vez ella podría ser así, ajena al daño, al otro.

El futuro, en aquel planeta desconocido de la gran ciudad, aprendiendo a moverse a otro ritmo, luchando por un espacio propio. Allí no habría ni más ni menos crueldad, quizá la misma, pero no caería toda sobre ella. Borrar el tiempo, borrar aquella caja oscura en su casa pequeña y mísera, borrar aquella mano que la agarró después del entierro. Se había quedado sola, pero el que la llevó la convirtió en la soledad misma. Todos tranquilos, sus conciencias en paz, “la niña está cuidada”. Y esperó mucho tiempo un nuevo hogar, un hombre paternal, y no aquel padre que la había arrancado de una incógnita para empujarla en la certeza. Sí, todos respiraron porque la recogió de al lado de la muerte. Pero nadie supo que había dejado de ser niña muy pronto. Nadie imaginó que el invierno despertaba en aquellas paredes grisáceas del tiempo el calor de un hombre que gime de deseo. Nadie conoció nunca en ella el dolor de sentirse esclava y objeto.

Había cerrado el ordenador. Ahora flotaba entre papeles que firmaba y tachaba, tachaba y firmaba. De pronto levantó la vista, se frotó el puente de la nariz, apretó los párpados. Ella seguía mirándole, convencida de que no podía ser vista. Ni siquiera cuando sus ojos se encontraron se inmutó su corazón aún sobrecogido. Percibió levemente un gesto de interrogación y ella quiso sonreír. No halló otra respuesta, ¿la había? El hombre sonrió también. Miró el reloj y recogió sus papeles. Se levantó. Ella le siguió con la mirada hasta que hubo salido del vagón. Allí, sobre el asiento, frente a sus rodillas, había quedado el ordenador y el maletín repleto de papeles tachados y firmados. Se recolocó en el asiento, vigilante. No tardó mucho en volver. Olía a tabaco y cuando se acercó más también olía a café.

—¿Quieres?

Le tendía un dulce envuelto en una bolsa crujiente de plástico coloreada. Negó con la cabeza y el hombre lo dejó a su lado, sobre las rayas azules del asiento. Luego se sentó. Miraron los dos hacia fuera. Lomas, árboles, líneas de alta tensión. El mismo lienzo se deslizaba cansino. El mismo bamboleo dulce e hipnótico bajo el cuerpo. El hombre de nuevo trabajaba. Ella sintió hambre.

—Cómetelo. Falta aún mucho camino y tendrás hambre. No tienes buena cara. Cómetelo.

Lo dijo sin mirarla y ella obedeció. La sumisión aprendida no se iba fácilmente. Una palabra, una voz, un sonido que estallaba en su cara. Luego ella obedecía. Se dejaba hacer muerta de miedo. Lloraba de humillación y de angustia. Deseaba escapar. Pero la amenaza forzaba su cuerpo, cerraba su boca y abría sus piernas. Obedecer, un año, dos años, tres muertes. La de la madre, la de la niña que fue y la de su libertad. Ahora obedecía de nuevo. Estaba bueno el dulce, chocolate. ¡Cuánto hacía que no desgranaba aquel sabor en su boca! Se escuchó dando un gracias apagado y sumiso. El hombre no respondió.

Había escapado sin proponérselo. Llevada por un resquicio de lucha. Fue de mañana. Frío y terror tras una esquina de la estación solitaria. El tren que llega. Las puertas que se abren y ella que se lanza a su interior como a los brazos de un salvador. Llevaba poco dinero, de eso fue consciente al trepar el segundo escalón. Pero no dudó. Lo desconocido por delante, la muerte viviente por detrás. Se agarró a la barra que halló dentro. Las puertas se cerraron y se acurrucó en un asiento. Ahora trataba de recordar cómo se sonreía.

En la siguiente parada subió gente. Eran grises, anónimos, lejanos. Traían el frío del otoño tras los cuellos subidos de las chaquetas. Una pareja hizo intención de sentarse con ellos. Cambiaron de idea. Sin saber por qué, se sintió aliviada. Frente a ella el hombre hacía ahora una llamada. Hablaba con ternura. El rostro relajado, los labios abiertos en un gesto amable. Luego se despidió y volvió a la rigidez inicial.

—¿Vas hasta Madrid?

Debía contestar. No despertar sospechas. Aún era menor. Podrían estar buscándola a estas horas. Afirmó con la cabeza.

—Sola — añadió el hombre.

No había sido una pregunta. Ella continuó mirando, tratando de subir las comisuras de los labios en un gesto casi olvidado. Se seguía preguntando, ¿qué hacer? Pero el hombre no insistió. Recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tal vez pedir ayuda, trabajo, un sitio para dormir. Pero un cosquilleo familiar se depositó en su estómago. Al fin y al cabo era un hombre, y todos los hombres debían de desear lo mismo. Él se cobraría, y ella ya había pagado demasiado. Cuando llegara, ¿dónde acudiría? En eso no había pensado. De

pronto se cayó algo dentro de ella, se sintió desplomada y torpe. Confiar. Escapar. Protegerse. ¿Hasta cuándo? ¿Y si ahí, frente a ella, estaba la solución? Otra hora se escurrió en los relojes. Ella había sollozado. Nadie se había dado cuenta. Notaba los surcos resecos en su cara a pesar de habérselos repasado una y otra vez con el dorso de la mano. Como una y otra vez se bañaba acuciada por el olor a desahogo carnal que no se desprendía de ella.

La gente se movía ya inquieta en sus asientos. Algunos hablaban por teléfono, avisaban de su llegada. El hombre se había despertado. La miró.

–¿Necesitas algo?

–Hacer una denuncia.

El hombre alzó las cejas. Se ajustó la corbata. Revisó el cierre de su maletín.

–En la estación hay un puesto de policía. Yo te lo indicaré.

No le preguntó qué iba a denunciar. Tal vez ella hubiera deseado empezar a hablar, no contar su vida, pero sí mover los labios, emitir sonidos, elaborar frases, sin que una mano ancha y sucia la golpeará por hacerlo. Pero el hombre no preguntó más.

Cumplió. Ella se vio sentada en una silla, frente a un uniforme bien abotonado, el hombre se había ido. Tal vez le esperara una oficina necesitada de su eficacia. A ella no le salían las primeras palabras. Le pidieron los datos. El policía miraba una pantalla. Era más grande, posiblemente proyectaba más luz. Se sorprendió a sí misma pensando esas minucias en un momento tan delicado.

–Hay una denuncia por tu desaparición.

Y la voz le sonó lejana. Ya se había acabado la esperanza. Ahora él vendría a llevársela. Como la otra vez, arrastrándola por caminos ásperos y negros, derribándola como a un pelele maltrecho y amado por nadie.

–¿Puedo ir al baño?

Había mucha gente, llegaban varios trenes al mismo tiempo. Los servicios eran estrechos y las mujeres hacían cola. Ella se escabulló. Del otro andén un tren anunciaba su salida pitando alegre. Subió sin saber dónde iba. Qué importaba. Miró el reloj. Otro tren de nuevo, tal vez otro tren partiendo antes de lo previsto.

DATOS DE FATIMA MARTINEZ CORTIJO

Martínez Cortijo, Fátima (España). Escritora y profesora. Narradora oral escénica, una de las más valiosas artistas orales contemporáneas. Premio Iberoamericano de Comunicación, Cultura y Oralidad "Chamán". Entre otras especializaciones docentes: Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), antes Titulada en Magisterio por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Siempre ha desempeñado la docencia, en todos los niveles desde Infantil hasta Bachillerato, ejerciendo diversos cargos de dirección y responsabilidades académicas. Como escritora ha sido premiada, entre otros, en certámenes convocados por los ayuntamientos de Guadalajara y Getafe (Madrid), siendo además reconocida en certámenes de Escritura Rápida y en el III Certamen de Relatos Breves de la Mujer 2000, Ayuntamiento de Valladolid. Más recientemente obtuvo el Premio en el Concurso Internacional de Microficción "Garzón Céspedes" 2008, entre otros reconocimientos de primer orden entre el 2007 y el 2013 en Concursos Internacionales de Microficción, unos para adultos y otros para la niñez, y de Microtextos, en los géneros de cuento, poesía y teatro hiperbreves, entre más. Colabora con asociaciones y ONG's, ya sea como filóloga, profesora o narradora. Formada como narradora oral escénica por la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE), es uno de los miembros con más años dentro de la iberoamericana Compañía de la Imaginación, y una de sus primeras figuras, siendo elegida para contar en todos sus eventos relevantes en Madrid (Festivales, Muestras...), y en otros de las anuales Giras España y Europa de NOE. Se ha presentado en librerías, centros y cafés culturales, y en recintos como el del Teatro "Fernán Gómez" de Madrid, la Biblioteca Central de Madrid, la Universidad Complutense de Madrid, el Teatro "Calderón de la Barca" de Valladolid, el Teatro "Albéniz" de León, el Instituto de Sociología y Psicología Aplicadas (ISPA) de Barcelona, así como en el monumental Teatro Vuotalo de Helsinki (Finlandia), en el emblemático Ateneo Popular Español de Zurich (Suiza), y en jornadas solidarias como miembro de la ONG "Ayuda en Acción"; y sus cuentos han pasado por Radio Nacional de España y Radio Exterior de España, entre otras emisoras. Además de aparecer como escritora en diversas antologías y selecciones impresas, como en el libro antológico *Mil y un cuentos de una línea* (Azid, Aloe, Thule Ediciones, Barcelona; Cataluña, España, 2007), y en el digital *Antología de cuentos iberoamericanos en vuelo* (Martínez Gil, José Víctor, Ediciones COMOARTES, Los Libros de las Gaviotas X, Madrid/México D. F., 2012) entre más; han sido editados por COMOARTES su cuaderno de varios géneros *La soledad nunca suena en estéreo y otros textos* (2012), y es inminente la publicación de un cuaderno suyo de dramaturgia hiperbreve. Garzón Céspedes además la ha entrevistado para su "Investigación sobre la narrativa", una investigación en curso, y COMOARTES ha publicado la extensa entrevista.

GAVIOTAS DE AZOQUE

ÍNDICE

LOS LIBROS DE LAS GAVIOTAS

CUENTOS QUE ENVUELVEN DÍAS

AHORA TE HABLO
UN TIC INFINITO
ÚLTIMA HOJA DE CALENDARIO
MALA TRADUCCIÓN
CONFLUENCIA
DIGNO SILENCIO
CRIMEN POR ESTRÉS
NO HABÍA SALIDA
COMPRA VIRTUAL
DONDE HABITE EL AMOR
PLATO QUE SE SIRVE FRÍO
VENENO TRAS LA PUERTA
LA LIBERACIÓN
IN MEMORIAM MATRIS
AMALIA
MEDIOCRIDAD
RETROSPECCIÓN
PÁTINA DE OBEDIENCIA
CONFESIÓN EN LA CALLE
QUIÉN IBA A SABER
EL TREN PARTIÓ

DATOS DE FÁTIMA MARTÍNEZ CORTIJO

TÍTULOS EDITADOS EN LA COLECCIÓN LOS LIBROS DE LAS GAVIOTAS

1. **Garzón Céspedes, Francisco / De la soledad al amor vuelan gaviotas**
Poemas / Poemas visuales
2. **Martínez Gil, José Víctor / La línea entre el agua y el aire**
Cuentos hiperbreves y breves
3. **Garzón Céspedes, Francisco / Normales los sobrevivientes / Cuentos para dos mordiscos / Cuentos breves e hiperbreves**
4. **Martínez Gil, José Víctor / La solidez de lo invisible**
Cuentos hiperbreves y breves
5. **Vieira, Maruja / Todo el amor buscando mi corazón / Poemas**
6. **Martí, José / La edad de oro / Libro/revista para niñas y niños**
7. **Quiroga, Horacio / Cuentos de la Selva / Cuentos**
8. **Leis R., Raúl / Cinco cuentos de la calle / Cuentos**
9. **Garzón Céspedes, Francisco / Historias de nunca acabar hiperbreves contemporáneas / Cuentos de nunca acabar**
10. **Marín, Thelvia / En la luna del espejo / Poemas**
11. **Garzón Céspedes, Francisco / Monólogos de amor por donde cruzan gaviotas / Teatro poético**
12. **Aristóteles / Poética / Teoría**
13. **Martínez Gil, José Víctor / Mírame con los ojos cerrados**
Cuentos hiperbreves y breves
14. **Garzón Céspedes, Francisco / Los 100 cuentos del loco / Hiperbrevedades, fugacidades**
15. **Varios, anónimos / Tradiciones de la palabra: Mitos, cuentos y poemas del mundo / Selección F. G. C.**
16. **Dorr, Nicolás / Desde el sótano / Monólogo teatral**
17. **Garzón Céspedes, Francisco / Si es amor que sea de cine / Testimonio / Crónica cinematográfica**
18. **Escobar, Froilán / Tocar en el hombro de lo real con la palabra / Narrativa**
19. **Guadalupe Ingelmo, Salomé / La imperfección del círculo / Cuentos**
20. **Vieira, Maruja / La sencilla verdad de que te amo / Poemas**
21. **Bueno, Antonia / Bel La Bella / Monólogo**
22. **Sequera, Armando José / La comedia urbana / Novela**
23. **Pfeiffer, Mar / La luna y el pozo / Monólogo**
24. **Martínez Cortijo, Fátima / Cuentos que envuelven días / Narrativa**

Números extraordinarios

- I. **Concurso Internacional de Microficción “Garzón Céspedes” 2007**
Polen para fecundar manantiales / Cuentos, poemas, monólogos hiperbreves
- II. **Concurso Internacional de Microtextos “Garzón Céspedes” 2008**
La tinta veloz del ciempiés. Cuentos de nunca acabar, dichos y pensamientos.
- III. **Dossier: La fórmula infinita del cuento de nunca acabar**
Garzón Céspedes, Francisco / Textos teóricos, técnicos, literarios y visuales del autor, recopilación de nunca acabar de las tradiciones más ficción actual:
· Manifiesto y Decálogo del cuento de nunca acabar (F. G. C.)

- Antología esencial del cuento de nunca acabar de las tradiciones (F. G. C.)
- Cuentos y cuentos visuales de nunca acabar / Cuentos hasta el infinito (F. G. C.)
- Fuerzas / Hiperbrevidades de nunca acabar (J. V. M. G.)
- Premios y Menciones: Concurso Internacional de Microtextos / Del Cuento de nunca acabar "Garzón Céspedes" 2008 / 69 autores de diez países

- IV. **Colección Gaviotas de Azogue / Primera Temporada**
Números 1 – 25 / Julio – Diciembre 2007 / Edición 2009
 Textos de ficción de Francisco Garzón Céspedes,
 de escritores de otras épocas y de contemporáneos, junto a algunos textos
 testimoniales, tradiciones... El humor o el drama de los textos...
- V. **Colección Gaviotas de Azogue / Segunda Temporada**
Números 26 – 50 / Enero – Junio 2008 / Edición 2009
 Textos de ficción de Francisco Garzón Céspedes,
 de escritores de otras épocas y contemporáneos, tradiciones...
- VI. **Garzón Céspedes, Francisco / Entrevistado**
La oralidad es la suma de la vida / Testimonio / Periodismo / Documentos
- VII. **Concurso Internacional de Microficción para Niñas y Niños**
"Garzón Céspedes" 2009 / Brevísimos pasos de gigantes
 Cuentos, poemas, monólogos teatrales hiperbreves para niñas y niños
- VIII. **Garzón Céspedes, Francisco / Oralidad es comunicación**
 Teoría y técnica de la oralidad escénica
- IX. **Ardila, Jhon / Oralidad, oralidad narradora artística y transformación social** / Investigación sobre oralidad
- X. **Martínez Gil, José Víctor / Antología de cuentos iberoamericanos en vuelo** / 30 autores de 13 países
- XI. **Cuatro cuentistas latinoamericanos del Siglo XIX**
 / Selección realizada por F. G. C. / Cuentos.

GAVIOTAS
DE AZOQUE

LOS LIBROS DE LAS GAVIOTAS

OTRA DIMENSIÓN DE LA COLECCIÓN GAVIOTAS DE AZOQUE
CUENTOS QUE ENVUELVEN DÍAS
Fátima Martínez Cortijo



COMOARTES
ediciones